

TEMAS

TOLEDANOS

Pablo, José y Enrique Vera,
tres pintores de Toledo



45

Fernando Dorado Martín

i.p.i.e.t.

temas toledanos

director de la colección

Julio Porres Martín - Cleto

subdirector

José Gómez - Menor

consejo de redacción

José María Calvo Cirujano, Ricardo Izquierdo Benito,
José Gómez - Menor Fuentes y Ventura Leblic García

colaboradores

Rafael del Cerro Malagón, Fernando Martínez Gil,
Julio Porres de Mateo e Hilario Rodríguez de Gracia

dirección artística

Rafael del Cerro

administración

I.P.I.E.T.
Diputación Provincial
Plza. de la Merced, 4. Telf. 22 52 00
TOLEDO

Fernando Dorado Martín
**PABLO, JOSE Y ENRIQUE VERA,
TRES PINTORES DE TOLEDO**

Publicaciones del L.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

Cubierta: Toledo. Dibujo del autor.

Depósito Legal: TO. 453/1986

ISBN: 84 - 00 - 06220 - 5

Ediciones Toledo, S.L.- Toledo.

**INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS**

Fernando Dorado Martín

**PABLO, JOSE Y ENRIQUE VERA,
TRES PINTORES DE TOLEDO**

**Toledo
Diputación Provincial
1986**

PRELIMINAR

Si la historia de los pueblos es el sedimento que deja el conjunto de vida en el transcurrir del tiempo, si queda en el recuerdo el paso de hombres que merecen la permanencia, tres figuras señeras de Toledo habremos de rememorar.

Tres artistas pintores afincados en la Ciudad, el último nacido en ella, los otros tan toledanos como él por su vecindad en la casi totalidad de sus existencias. Los tres de apellido Vera y de la misma sangre; tres generaciones: abuelo, padre e hijo. Pablo, José y Enrique, tan conocidos, con tanta obra realizada y extendida.

PABLO VERA

LLEGA A TOLEDO

Pablo Vera llegó de la región levantina, acaso de Alcoy o de su comarca, que no importa tanto perderse en laboriosas indagaciones por su nacimiento como por hacer patente la huella que dejó entre nosotros en la segunda mitad del siglo pasado.

Se conoce el dato de 1861 como el de su permanencia transitoria en la ciudad de Burgos, y los testimonios de su residencia definitiva en Toledo junto a su esposa Josefina.

La ciudad del Tajo es imán para artistas y hombres de letras. Pablo, proveniente de tierra de pintores, fue atraído por este centro nuestro recopilador de tesoros arqueológicos concluidos en piedras, lienzos y pergaminos, producto de prolongados asentamientos políticos y religiosos dirigentes.

El artista, como tantos otros sobresalientes que se dieron en la periferia de la Península, nos llegó por la llamada de esa riqueza cultural que redescubrieron viajeros europeos, principalmente franceses como Merimée, Gautier, Doré y más tarde Barrés. IncurSIONES —se pensaba— temerarias, por culpa de rastros reticentes de bandidos apostados en las encrucijadas de caminos, aprestados para asaltar diligencias; los viajes se hacían a su pesar, casi siempre sin agravio alguno y hasta con desilusión para unos cuantos románticos que hubieran deseado catar aventuras, inexistentes ya porque su peligro había desaparecido, por el uso del ferrocarril.

Pero no sólo redescubrieron a Toledo los extraños —no olvidemos a Antonio Ponz, de los años mil setecientos setenta, con su obra *Viaje por España*—, sino igualmente eminentes españoles como Amador de los Ríos, Galdós y Cossío, con relevo de los de la generación del 98, sin olvidar al toledano Navarro Ledesma, a quie-

nes debemos gratitud como al marqués de la Vega Inclán, impulsor éste de la creación de la Casa y museo del Greco.

También Gustavo Adolfo Bécquer vino, de Madrid, con su hermano Valeriano, ambos a dibujar y el primero principalmente a soñar y extraer de conventos y callejuelas sus leyendas. Eran callejuelas, aunque duela decirlo, descuidadas, porque sus casas a duras penas se sustentaban, ya que los dueños no podían reparar los entramados ni revocar sus fachadas; pero que tenían encanto y hasta ayudaban a convertirlas en obras de arte en transformación por pintores y dibujantes hallando belleza en las irregularidades de las paredes, en el mortero deteriorado, en su decoración desconchada descubriendo restos de capas anteriores, en una riostra amenazante fuera de su sitio o en el mampuesto y el ladrillo desmeдрados. Máculas éstas, si así las calificamos con visión urbanística, a las que hay que agregar y lamentar los residuos amontonados en los descarnados pavimentos de canto rodado que observara todavía, en los años veinte, el novelista Félix Urabayen.

Sixto Ramón Parro, en su *Toledo en la mano*, editado en 1857, dice, por el contrario, que estas calles estaban muy limpias pues se barrían dos veces a la semana; bien empedradas y con aceras las principales. Había una población de unos dieciocho mil habitantes, según este mismo autor; en 1862 existían 362 nombres de vías urbanas, más las de algunas otras barriadas, que del primer callejero toledano recoge Julio Porres en su obra *Historia de las calles de Toledo*.

PABLO VERA, VECINO DE TOLEDO.

A Pablo Vera se le encarga decorar la capilla y otras dependencias del Alcázar, desaparecidas en el nuevo incendio que se produjo en el edificio en febrero de 1887, cuando era sede del Colegio General Militar. Triste destino el de este recinto, que ya había sido pasto de las llamas anteriormente en la Guerra de Sucesión, y en la de la Independencia a manos de los invasores, con un general derribamiento con ocasión de la última guerra civil.

Las pinturas debieron corresponder a temas religiosos, de Historia, de hechos militares y a los alegóricos a las Ciencias y a las Artes.

La denominación “Artes” se venía aplicando con la amplitud que ya no tiene; cuando hoy citamos el vocablo, entendemos dedicación o atención a las Bellas Artes, entonces usualmente extensible a los oficios. Así, por “artista” se estimaba al hombre ocupado en la industria, con separación del trabajador del campo, de consideración social inferior, aun cuando la Agricultura estuviera siempre también comprendida en las Artes, lo que no quita que sus jornaleros estuviesen en desventaja denominatoria.

Pablo entró en una ciudad que contaba con un casino, de artistas e industriales precisamente, que reunía a comerciantes, militares, profesores, a titulares de pequeñas fábricas o talleres y alguna integración de oficiales industriales calificados y dependientes considerados. Convivió en una población dotada de tres cafés y botillerías, en los que se jugaba al tresillo y al billar. Los centros culturales lo constituían el Colegio Militar, el Instituto de segunda enseñanza, una Academia o escuela de Nobles Artes, aparte del Seminario Conciliar, una Biblioteca pública, museo de antigüedades y otro de pinturas recogidas de conventos. Paseos los tiene muy hermosos, como el del Miradero por su emplazamiento, que alabaría Castelar; el de Merchán, y el de la plaza del Ayuntamiento, desaparecido como tal hace una veintena de años.

Pablo Vera formó parte del núcleo intelectual amante del enaltecimiento local, defendido en múltiples y sucesivos periódicos y revistas —en ocasiones opuestos entre sí, con vivaces diatribas políticas de partido—, con duración editorial diversa. Colaboró en *La Campana Gorda*, revista independiente, de los de mayor permanencia, de 1892 a 1916, a diez y cinco céntimos y nuevamente a diez el precio de venta; su firma responde a caricaturas insertas en la publicación, de irregular lanzamiento, semanal, quincenal y mensual, conforme a las alternativas de la demanda.

Las caricaturas publicadas son más bien retratos correctos y sólo llevan deformaciones en cuanto al cuerpo del modelo, sensiblemente pequeño en relación a la cabeza. Son personajes de élite, con cargos o profesiones perfectamente identificables por los atributos que añade la suelta plumilla de Vera.

Curiosamente, la revista rebaja el precio de venta de diez a cinco céntimos, aunque volviera luego a su precio inicial. A nosotros nos puede extrañar esta baja de precio, tan acostumbrados a que nada baje ahora. Entonces sí podía ocurrir aquéllo, pues hasta

los sueldos y salarios podían fluctuar con vicisitudes de descenso y ascenso.

PABLO VERA EN LA PINTURA DE SU TIEMPO.

Pablo Vera pinta en palacios de Madrid, solicitado por aristócratas que moran en ellos, y en salones señoriales de la alta burguesía que los poseen y que le llaman. También retrata a figuras encumbradas en la Corte, los que le requieren por la notabilidad que han alcanzado sus pinceles. Toledo entonces parece estar al alcance de la mano de la capital de España; no llega a tres horas la duración del viaje en ferrocarril, pasando por Aranjuez, que es lo más rápido pues aún no se había tendido la línea directa por Villaseca; alcanzar el tren en Illescas es absurdo y la utilización de carruajes tirado por mulas ha cedido ante el nuevo medio de transporte.

El movimiento artístico no es ajeno a las grandes transformaciones sociales operadas en el siglo XIX. Las obras de arte dejan de estar reclusas en salas reales privativamente, para convertirse en nacionales; cámaras privilegiadas se abren con igual sentido. Los tesoros se hacen más asequibles a la vista de un público ávido de contemplarlos. Sólo la Iglesia no había vedado la entrada a sus colecciones, lo que no impidió que en parte se la objetara de reservada y de mala conservación de aquéllas.

De Pablo hoy día se desconoce casi todo su trabajo. Abundan los pintores y, por consecuencia, no se estimaron suficientemente las muy numerosas obras producidas que lo merecieron. Son limitadas las que de él están localizadas, pero sí las necesarias para reconocer su valor. Pintaría vehementemente aportando lo mejor de su genio, bien que, como todos los pintores de su época hacían, con las concesiones apetecidas por una clientela, aferrada a moldes imperantes en repetidos decenios.

El coincide con oleadas en que se suceden, mantienen y confunden el realismo, romanticismo e impresionismo. Perdura la hegemonía artística de Italia, que poco a poco se va desplazando a París. El arte español tradicional está eclipsado. España es ahora gregaria de Francia aun cuando sus artistas nos debieran la ense-

La denominación “Artes” se venía aplicando con la amplitud que ya no tiene; cuando hoy citamos el vocablo, entendemos dedicación o atención a las Bellas Artes, entonces usualmente extensible a los oficios. Así, por “artista” se estimaba al hombre ocupado en la industria, con separación del trabajador del campo, de consideración social inferior, aun cuando la Agricultura estuviera siempre también comprendida en las Artes, lo que no quita que sus jornaleros estuviesen en desventaja denominatoria.

Pablo entró en una ciudad que contaba con un casino, de artistas e industriales precisamente, que reunía a comerciantes, militares, profesores, a titulares de pequeñas fábricas o talleres y alguna integración de oficiales industriales calificados y dependientes considerados. Convivió en una población dotada de tres cafés y botillerías, en los que se jugaba al tresillo y al billar. Los centros culturales lo constituían el Colegio Militar, el Instituto de segunda enseñanza, una Academia o escuela de Nobles Artes, aparte del Seminario Conciliar, una Biblioteca pública, museo de antigüedades y otro de pinturas recogidas de conventos. Paseos los tiene muy hermosos, como el del Miradero por su emplazamiento, que alabaría Castelar; el de Merchán, y el de la plaza del Ayuntamiento, desaparecido como tal hace una veintena de años.

Pablo Vera formó parte del núcleo intelectual amante del enaltecimiento local, defendido en múltiples y sucesivos periódicos y revistas —en ocasiones opuestos entre sí, con vivaces diatribas políticas de partido—, con duración editorial diversa. Colaboró en *La Campana Gorda*, revista independiente, de los de mayor permanencia, de 1892 a 1916, a diez y cinco céntimos y nuevamente a diez el precio de venta; su firma responde a caricaturas insertas en la publicación, de irregular lanzamiento, semanal, quincenal y mensual, conforme a las alternativas de la demanda.

Las caricaturas publicadas son más bien retratos correctos y sólo llevan deformaciones en cuanto al cuerpo del modelo, sensiblemente pequeño en relación a la cabeza. Son personajes de élite, con cargos o profesiones perfectamente identificables por los atributos que añade la suelta plumilla de Vera.

Curiosamente, la revista rebaja el precio de venta de diez a cinco céntimos, aunque volviera luego a su precio inicial. A nosotros nos puede extrañar esta baja de precio, tan acostumbrados a que nada baje ahora. Entonces sí podía ocurrir aquéllo, pues hasta



D. Juan Argüelles.

ñanza que asumieron admirados ante Velázquez y Goya. El Greco fue asimismo el mentor de los franceses pero más tardíamente, porque hasta entonces el cretense fue discutido. Téngase en cuenta que el mismo Federico Madrazo, siendo director del Museo del Prado, se manifestó desdeñoso por los cuadros de Doménico Theotocópuli allí colgados.

Fue Matías Moreno, discípulo de Madrazo, el restaurador del cuadro de Santo Tomé “El Entierro del Conde de Orgaz”. Contribuyó, posiblemente, por el cariño que puso en su labor restauradora, a que el lienzo obtuviera tanta fama con el tiempo y a que se prestase atención a otros repartidos por iglesias y en sitios olvi-

dados, mal acondicionados, y que decisivamente su autor fuera reconocido como figura preeminente en la Pintura universal.

Matías Moreno fue el pintor de Toledo al que puede recordarse con más justificación, mientras Pablo Vera coexistía en la ciudad con no menor empuje. Tesoneramente, Matías reavivó a Toledo como solar de artistas cuando, desinteresadamente, primero creó una clase especial de dibujo en 1868 y más tarde la considerada de Estudios Superiores de Dibujo en 1877, acogida en el edificio del Instituto de segunda enseñanza de la calle del Cardenal Lorenzana, con el apoyo de la Diputación Provincial. Luego fue puntal promotor del establecimiento de la Escuela de Artes en 1882, de la que fue su primer director. Pablo Vera seguramente engrosó el número de artistas e intelectuales que avivaron el ambiente decaído de la otrora cabeza del reino, como el activo Matías Moreno.

Las grandes decoraciones de palacios, salones y los no pequeños negocios comerciales de cierto rango, como joyerías, cafés, boticas y despachos de tejidos, contenían temas alegóricos, impuestos por la llamada del simbolismo que, al decir del crítico Lafuente Ferrari, venía a oponerse al naturalismo realístico de 1848 y al impresionismo; simbolismo que fue esclavo de la sensación, muy caracterizada alrededor de 1863.

Al romanticismo literario acompañó la adscripción pictórica representada, entre otros, por Angel Lizcano, Eugenio Lucas y Valeriano D. Bécquer, con el anterior Pérez Villaamil, que tan bien llevara a sus acuarelas los principales monumentos arquitectónicos de Toledo, resaltados, por otra parte, por escritores viajeros ya indicados, que no ahorraron tiempo ni gastos para afluir a la ciudad del Tajo. Como nota ilustrativa conviene insistir en deshacer el tópico popular de la supuesta penuria de escritores y artistas. Sabemos que, sin singularidad alguna, Mariano José de Larra se contrató con el periódico *El Español* por el estipendio de 20.000 reales anuales, más que decoroso ingreso en su tiempo. Gustavo Adolfo Bécquer es otro bien retribuido en la profesión de periodista; los pintores no habían de serlo menos en algunos casos, en los que, según indicios, estuvo Pablo Vera, lo cual no desmiente que bastantes de su gremio no sufrieran penalidades con otra cara de la suerte.

El retrato, pervivencia continuada a través de los tiempos, que no en balde es acorde con la invariable preocupación del hom-

bre de sobrevivir a su propia existencia y a sus años de esplendor, es objeto de dedicación de los artistas. A la sazón, resuenan nombres como Antonio María Esquivel y Federico Madrazo, y de éste entre nosotros su discípulo Matías Moreno, al que siguen sus vinculados por vecindad. Los cuadros de Historia, generalmente de grandes proporciones, tienen gran significación en los de los autores Gisbert, Palmaroli y Casado del Alisal, decayendo después de Muñoz Degrain, Ferrant y Pradilla, mas sin un destierro total.

El realismo y el naturalismo tienen vuelta, con procedencia en alguna medida del siglo XVII. Carlos Haes influye en España poderosamente; sus paisajes, de latitudes más septentrionales, pue-



D. Enrique Solás.

den encontrar eco en modelos naturales de la Península. En Toledo podemos hallarlos una vez traspuesto el río, con luz atenuada o contravertida pasada una tormenta, o simplemente en lugares umbrosos que sí nos pueden sorprender. Martín Alsina, Fortuny, Francisco Domingo, Martín Rico e Ignacio Pinazo, fueron españoles de esta tendencia.

Los más importantes artistas se desarrollaron principalmente en Madrid, por ser la capitalidad de la nación, en la que como en las demás y en todos los tiempos, se concentra el poder económico y por eso el mejor desarrollo de la cultura.

EL RETRATO EN LA PINTURA DE PABLO VERA.

El retrato, repetimos, es tema permanente en la Pintura. Toda su historia está cuajada de peores o mejores pruebas. El hombre es el modelo que en el mundo ha llamado más la atención de nosotros mismos, siendo el rostro lo más definible y lo más entrañable para transmitir y evocar, sin desprender de él al menos el busto para ayudar a entonarle y como base para darle mayor realce, o en cuerpo entero para aumentar cualidades al retratado y posibilitar la elevación artística de la obra.

La familia Vera conserva unos, pocos, retratos hechos por la mano de Pablo. Son ellos de la perfección de la que estamos acostumbrados a ver en los pintores de su época. Los suyos están trabajados, sin reiteraciones que envaren la figura o los ensucien, con dibujo y color bien aprendidos, sin simulaciones pretextando euforias de soltura; que en sus años no se toleraban efusiones de aprendices.

Un sorprendente hallazgo es el de un retrato de su hijo José, adolescente, idéntico al de la cara del joven del tambor que entra como componente en el extraordinario telón del Teatro de Rojas de Toledo. Existen indicios suficientes para afirmar que Pablo colaboró en la pintura del mismo.

Si damos un vistazo al telón, hallaremos una magnífica obra de arte, acreditada como la mejor de España de entre estos elementos decorativos que pueden verse. Es una composición en que intervienen actores del primer teatro al aire libre, tipo Lope de Rue-

da, siglo XVI, sobre un tablado; cinco músicos por debajo; al fondo, la catedral y, en segundo plano, el pie del monasterio de San Juan de los Reyes; por delante de todo ello, imitación de grandes cortinones de terciopelo rojo terminados en grandes borlones.

Este telón es del famoso escenógrafo italiano Jorge Busato Dallavedia, del que existe obra en casi todos los principales teatros de España, en el Albisu —de La Habana—, y en el Real de Lisboa. Para éste de Toledo se citan a dos colaboradores, de apellidos Bonati y Valls, pero no se menciona a Pablo Vera en las referencias, quizá por omisión en el contrato de archivo.

Para estas obras eran requeridos artistas con bien ganado prestigio. El teatro era la atracción de las familias encopetadas enjuiciadoras de la literatura representable, sin que estuvieran excluidos los otros sectores de la sociedad, por lo que constituía uno de los acontecimientos que merecían una atención general, y en el que las artes decorativas eran parte importante. Este Teatro de Rojas fue inaugurado el 19 de octubre de 1878; sus antecedentes son el denominado “Coliseo” de finales del siglo XVII, Casa de Comedias construída con planos del hijo del Greco y un anterior Corral de Comedias, todos en el mismo emplazamiento, junto al Mesón de la Fruta, de los siglos XV y XVI, aprovechado también para estos festejos escénicos con anterioridad.

Pablo Vera conoció tiempos de turbulencia política, de revoluciones y gobiernos inestables, de depresiones y descalabros coloniales. El orden social sufría convulsiones; los gremios artesanos dejaron de existir abatidos por el liberalismo económico, provocador de reacciones hostiles en el medio laboral. No impidió ello cierto desenvolvimiento de prósperas haciendas y que continuase el bienestar en otros hogares repartidos por el mapa, con negocios mayores o menores no afectados por los quebrantos nacionales. Familias de lustre o de la burguesía se permitieron dispendios para cubrir sus salones y gabinetes, con retratos encomendados a los mejores pintores del entorno.

Pablo Vera fue uno de estos beneficiados, elegido por el prestigio que le dio su perseverante preparación, cundiendo su fama a una buena clientela solicitante de sus telas.

Pablo no descuidó la atención a su familia, si por conjeturas llegamos a su conclusión en el ejemplo de su hijo José, quien pudo dar testimonio de una educación recibida más que satisfactoria.

JOSE VERA GONZALEZ

APUNTES FAMILIARES.

José Vera, hijo de Pablo, nació circunstancialmente en Burgos en 1861; apenas si tuvo que ver con esta ciudad, pues la suya puede considerarse a Toledo, donde permaneció toda su vida si deducimos sus inicios. Casó con doña Felisa Sales Morana, de la que tuvo veintidós hijos, sobrepasando nueve la corta edad. No son tan excepcionales estos datos, habida cuenta de la muy generalizada prodigalidad natal, sólo descendida en últimos años, ni insólita la pérdida de tantos hijos en temprana edad, por las numerosas defunciones de vidas tan tiernas, que hoy defienden un mejor medio social y una Medicina en mayor progreso.

Entre los sobrevivientes, en este estudio habrá que distinguir a su primogénito Enrique, el también gran pintor, que superó a su padre en maestría. Los otros fueron: José, Elvira, María, Ismael, Pablo, Enriqueta, Eduardo y Emilio. En las familias numerosas suele ser múltiple la elección de profesión. José vio en sus hijos que uno se inclinó por el Derecho, a otro como funcionario de lo que ahora denominamos de Telecomunicación, Ismael; a uno más, Pablo, artista que se alejó con sus pinturas a América; a su hija Elvira, de comadrona, o profesora en partos como así éstas se anunciaban; Enriqueta se casó con un militar. Hubo la esperada emancipación, pero en todo momento estuvo presente entre ellos la asistencia familiar y el cariño siempre latente.

A José no le habría de faltar nunca el calor de sus hijos, y más acusadamente en los últimos años de su vida, enfermo, y en trance de muerte ocurrida en 1936. Su hija Elvira, como soltera, reclamaría la pensión de orfandad en 1963, en base al sueldo teórico actualizado, como profesor de la Escuela de Artes, de 5.360 pesetas anuales, más dos pagas extraordinarias.



Enrique Vera. Dibujo de José Vera

A José Vera se le recuerda físicamente como poseedor de noble semblante y hasta con un cierto parecido con el Goya pintado por Vicente López, pero sin el tono severo y melancólico manifestado en el aragonés retratado. En otro orden, podría encontrarse alguna semejanza en las figuras de los cuadros de ambos, sobre todo en cuanto a los blancos opalinos y los tintados con rosa y azul que de los dos podemos admirar. Y no está fuera de lugar la comparación, que D. José dejó mucho para cautivar.

VALOR DE LA OBRA QUE PRODUJO.

Ayudó a su padre en los frescos de la capilla del Alcázar, desgraciadamente desaparecidos en el incendio. Pintó innumerables retratos y paisajes pequeños, guardados y accesibles; otros, mayores, que se le pueden atribuir a pesar de no contener firmas; obras grandiosas realizadas al fresco o en lienzos pegados en techos y paredes, como las magníficas de la capilla de la Fábrica de Armas, de la Sala Capitular del Ayuntamiento y del antiguo Café Español, en Toledo; una deslumbrante composición, generosa en dimensiones y en categoría artística, representativa de la entrega de los terrenos de la citada Fábrica al Cuerpo de Artilleros por el Cardenal Lorenzana; telas de todo tipo y tamaño que conservan sus descendientes y, en fin, aquellos otros que cuelgan en sitios preferentes del hogar de muchas familias.

José Vera no se lanzó a pintar sin más ni más, o únicamente por lo que aprendió de su padre, que hubiera sido suficiente unido a lo que llevaba dentro. Tampoco le bastó lo que le enseñara Matías Moreno, compañero de docencia pasados sus años mozos. Como ocurre en todo artista de carácter, mostró la impronta que le dictó su genio, revelada en sus cuadros, aun cuando no por ello despreciara el suceder de hechuras y gustos que halló, y a los que no regateó su estima.

El, como artista verdadero, no se dejó llevar por tentaciones, existentes en todos los tiempos, sólo movidas por impremeditaciones forzadas conducentes al fracaso. El sabía muy bien que se pueden dar traspies por seguir compases ajenos. Tampoco se ha de decir de José que fuera el inamovible de convencionalismos inveterados; por el contrario, sí que fue buen discernidor de lo desechable y de lo asumible y que le movieron ímpetus del interior después de obtener un buen adiestramiento.

Los siglos XIX y XX en que le tocó vivir, fueron cambiantes en concepciones artísticas y en los que el camino elegido podría ser o no ser el admitido. El XIX es aquel en que, después del olvido de nuestro barroco, se pone de moda la escuela española, que airea el movimiento romántico. Queda dicho que se revalorizó a Velázquez, que ya venía alzándose merced a su propagador el pintor de cámara de Carlos III Mengs, gran influyente en los medios más exigentes; que Goya fue asimismo elevado y luego catalogado

como el pintor de la modernidad, y que el entronamiento de El Greco se hizo esperar más. La obra literaria de Barrés *El Greco o el secreto de Toledo*, cuya publicación alentara Zuloaga y a cuyo autor condujese en sus pasos Navarro Ledesma, fue el toque de atención con los de Miguel Utrillo, Santiago Rusiñol y el mismo Zuloaga. Años aquellos en que triunfan estos últimos y con ellos Rosales, Fortuny, Martín Rico, Domingo Marqués, Federico Madrazo, Muñoz Degraín, Sorolla y Solana, compatriotas, y los franceses Courbet, Delacroix, Degas y Corot. Los franceses, más tarde, encarrilaron la atención hacia París, a donde habrían de llegar en prolongada peregrinación una juventud deseosa de aprender y alcanzar gloria; ya Italia había perdido su atractivo anterior. Nace el impresionismo, de evidentes connotaciones con nuestras máximas figuras de la Historia de la Pintura, según apreciaciones de los tratadistas.

Discurren en este siglo el cuadro de Historia y su afín el llamado de la Ilustración (por referencias al movimiento intelectual), el realismo, el naturalismo, el costumbrismo y el pintoresquismo. Todos de interferencia y con peligrosa confusión para los que dudan sobre las sendas que deben escoger.

José Vera tuvo firmeza y sus manos respondieron a una mente clara. Resolvió su posible propio conflicto, como antes algunos otros elegidos lo hicieran ante dilemas apasionantes. Como Velázquez frente al binomio Poussin objetivo y Lorena subjetivo, en planteamientos paisajísticos, por sólo citar una de las tantas actitudes tan discutidas a través de los tiempos.

Nuestro Vera tocó todos los palos de la Pintura, que supo dominar. Compuso figuras mitológicas o escenas del vasto campo cristiano o del Antiguo Testamento, y jugó con reyes y guerreros en ajustadas colocaciones que más parecen vivas epopeyas. Debió examinar en el Prado a los grandes modelos de Jordaens, de Rubens y de Van Dyck; estudiaría a los buenos retratistas de la Pinacoteca nacional, y no tendría reparo en tender la vista en dirección a las grandes corrientes coetáneas en su diversidad de temas e "ismos", pero sin rendirse servilmente a ninguno.

JOSE VERA Y SU ENTORNO.

De sus años de aprendizaje pueden contarse en igual trayectoria, con algunas diferencias de edad, a Ramírez de Arellano, Buenaventura Sánchez Comendador y a Julio Pascual, profesores más tarde en diferentes disciplinas dentro del Arte. Pascual fue el último gran rejero toledano de fama dentro y fuera de fronteras; Ramírez de Arellano pintor considerado y Sánchez Comendador buen investigador y recopilador de notas históricas.

Queda en Toledo un gran rescoldo intelectual, avivado por hombres que se van relevando en la sucesión de los tiempos. Fundaciones como la Sociedad Económica de Amigos del País se proponen corregir la indiferencia y el apocamiento en que la ciudad quedó sumida al dejar de ser sede de la Corte real con Felipe II; las doctrinas de Joaquín Costa quieren sacar del marasmo a España.

La Restauración abre esperanzas de paz y sosiego para que la Patria se recupere y encauce inquietudes organizativas económicas y culturales. Un nuevo siglo de oro en las Letras y en las Artes se centra en medio de tanta derrota en Ultramar. "Azorín", Baroja, Valle Inclán, Juan Ramón Jiménez y los Machado sobresalen en Literatura; Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz, en Historia; en la Ciencia, Ramón y Cajal; como pintores aquellos de los que ya se ha dejado constancia; escultores, como Benlliure, Querol e Inurria; en Arquitectura, Gaudí; en Música, Albéniz. Podría hacerse la lista mayor, de no ser innecesario.

Sus ecos se hacen sentir en toda España y, por supuesto, Toledo se anima. El amor patrio se mete por todas partes. Los libros escolares se llenan de inflamadas lecturas épicas y de estimulantes semblanzas, las tertulias se enfervorizan, de proposiciones ensoñadoras no se carece, y, sin embargo, hay ausencia de dinero, de eficacia, de paciencia, de solidaridad, de tino, de atención, de ecuanimidad.

Aunque no todo es entusiasmo, no falta el afán de ennoblecer la capital. Veamos datos de uno y otro sentido, sacados de las Actas del Ayuntamiento:

Como acontecimientos jubilosos, se producen: la inauguración del alumbrado eléctrico de las calles, el 14 de abril de 1890, con 41 lámparas de 16 bujías (que hoy contaríamos en vatios),

y que lucirían desde las siete de la tarde a una de la noche (testimonio en Acta de Sesiones de 16-4-90). En 1890 también, se anuncia la construcción del Hotel Castilla (ahora Delegación del Instituto N. de la Seguridad Social). Es buena noticia el afán puesto por el Concejo al pedir al Gobierno que se establezca en Toledo como guarnición a un regimiento o batallón del Ejército, para lo que se ofrece el llamado cuartel de San Lázaro (sesión de 20-3-89). La Sociedad Económica de Amigos del País convoca un certamen científico-literario, que apoya el Ayuntamiento, según acuerdo de 15-5-89. Se autoriza la celebración de bailes de máscaras en el Teatro de Rojas, de propiedad municipal.

Señales desalentadoras son las que también constan en estos Libros de Actas: Tras de detenidas deliberaciones de los ediles, se acuerda subir 50 pesetas anuales al encargado y al peón del cementerio, que tenían asignados respectivamente sueldos de 750 y 500 pesetas al año, por angustiosas peticiones de los interesados (sesión de 17-3-90). En otras, se exponen solicitudes de ayudas a empleados en cese por edad o enfermedad sin pensión, y se demora la resolución. El presupuesto anual de aquel año refleja, como capítulo de gastos 504.434,03 pesetas, resultando un déficit de 30.000 pesetas. Los ingresos fueron 474.434,03 pesetas.

No se ha podido hallar en las Actas de sesiones datos de contratación con José Vera para la decoración de la Sala Capitular, fechada en los ángulos de los recuadros en los años 1898 y 1899, encargada a hombre de tanto prestigio en la Ciudad.

José Vera está inmerso en el mundillo intelectual local. Aparece con amigos y periodistas, colaborando con artículos propios. En la revista *La Campana Gorda* se encuentran sus trabajos, con estilo que recuerda a sus cuadros luminosos, repletos de flores; su literatura es prosa poética, con algún asomo barroco no rebuscado, amable, sin acidez alguna, contrariamente a lo usado en no pocos periódicos de la localidad, numerosos pero efímeros, a caballo entre los dos siglos que conoció el artista. En *La Campana Gorda* dibuja también: caricaturas de los hombres importantes, amigos, no muy diferentes a las de su padre, de la misma publicación. En un extraordinario 1 de enero de 1916, es reproducido a todo color su cuadro titulado "Un jardín toledano", fuertemente iluminado por el sol de verano en contraste con sombras profundas; le vigorizan frutales y geráneos que ha puesto y que riega una niña. Mues-

tra preciosa de su arte vibrante, inteligentemente escogidos el punto de mira, la disposición de la vegetación y en su sitio la figura que lo completa.

Existen revistas que tratan temas militares, médicos, el Derecho; boletines eclesiásticos y filantrópicos; periódicos especializados de toros, políticos. . . , que ven la luz —ya se ha referido— cortos espacios de tiempo, salvo los institucionales. La comezón de mostrar habilidades literarias o la voluntad de divulgar conocimientos aflora con profusión. Vera escribe un folleto explicativo de las pinturas que le encomendó la Fábrica para su capilla. Está editado en 1925; puramente literario, referido a las efemérides representadas y no a la obra artística en sí; derrocha entusiasmo por los



Sres. Salas y Redó.

hechos y figuras tratados, con la misma expresividad que se nota en las huellas dejadas por sus pinceles.

En José Vera confluyeron las dos actividades, como cultivaron pintores de diversas épocas:

Leonardo da Vinci (1452-1519). Su *Tratado de la Pintura* puede servir de base como conocimiento actual.

Jorge Vasari (1511-1571). Italiano como Da Vinci, muy conocido en su volumen titulado *Sobre la vida de los más eminentes pintores, escultores y arquitectos*.

Antonio Acisclo Palomino (1656-1726). Pintor de cámara de Carlos II y de Felipe V, más famoso por escritor. Su *Parnaso español pintoresco laureado*, referido a los siglos XV al XVII, valiosa fuente para historiadores del Arte.

Antonio Ponz (1725-1892). Su obra *Viaje por España*, de 20 tomos, está traducida a varios idiomas.

Aureliano de Beruete (1845-1912). Crítico de Arte en numerosas publicaciones.

Santiago Rusiñol (1861-1931). Escribió, entre otros temas, piezas teatrales.

Ramón Pulido Fernández. Profesor y director de la Escuela de Artes de Toledo, fallecido como Vera en 1936. Articulista. Su libro *La Pintura religiosa* es una buena síntesis histórica del tema.

CARACTERISTICAS DE ALGUNAS DE SUS OBRAS.

Habrà de pasarse por alto su intervenci3n en la capilla del Alcàzar destruida por el incendio casual, por no quedar restos de ella y porque su labor no pudo ser muy apreciable puesto que debió limitarse a ayudar en ello a su padre, cuando todavía era muy joven; se tendrá que correr apresuradamente en estas líneas, pasando con ligereza por los centenares de pinturas que hizo a través de su dilatada vida de artista, a la que se consagró con la energía de su espíritu entusiasta y con el pensamiento puesto en la abultada familia que tuvo que mantener.

Valdrà la pena detenerse un poco antes de recrearnos en sus colores, indicando que probó durante un pequeño intervalo el negocio de la Fotografía como medio para allegar unos ingresos más

a su hogar, iniciativa que o no se le dio bien o que abandonó para continuar con lo que constituyó su ideal de trabajo. Su estudio fotográfico lo instaló en la casa que habitó largos años situada en la calle de Santa Fe, transversal de la cruz que forma con la calle de Cervantes y como cabecerá el Arco de la Sangre, junto a Zocodover. Los estudios fotográficos, o simplemente "Fotografías", que así se han venido llamando, eran los establecimientos a donde se pasaba ilusionadamente para conseguir el recuerdo de una boda o del estreno del uniforme. Los fotógrafos, además, cultivaban temas de interés para reportajes de prensa o de archivo en entidades. Fueron muy respetados estos profesionales, destacando Casiano Alguacil, Rodríguez y Lucas Fraile. Otra cosa eran los callejeros, designados "del minuto", con bajo gusto artístico y de menor rigor en su quehacer.

Vera realizó la decoración de la Sala Capitular baja del Ayuntamiento al gusto neoclásico; se nos antoja que reverdeciendo al Lucas Jordán de la Sacristía de la Catedral, de El Escorial y del Palacio del Buen Retiro, con mayor detenimiento que el italiano y no se sabe si con imposiciones de quienes pagaron, pero, de todos modos, a satisfacción incluso de los que actualmente lo ven. Se trata de un motivo principal, Isabel la Católica, y dos a los lados siguiendo el rectángulo del techo, representando a la Industria y las Artes el que precede, y el posterior a las Ciencias, de 4 x 2 metros cada uno; en laterales próximos a las aristas longitudinales cuatro temas, también alegóricos, completan la obra.

Los techos y paredes de la capilla de la Fábrica de Armas datan de los años 1922 y 1923. Son más penetrantes por el color y la vivacidad que imprime a los personajes históricos que ha puesto; parecen responder al anhelo nacional de renovar glorias militares, poco antes regateadas por un Marruecos en insurrección. Los acompaña con motivos religiosos en el presbiterio: "La Gloria con la Asunción de la Virgen y Cristo con los Apóstoles" en gran fondo central en su parte superior, y en la media asuntos histórico-religiosos de santos españoles o vinculados a nuestra Historia. Están San Hermenegildo, Santiago en la batalla de Clavijo, Fernando el Santo con sus catedrales de Burgos, Toledo y Sevilla. Completando el ámbito, no están olvidados Recaredo y Pelayo; los Reyes Católicos muy visibles en una gran escena, acompañándoles, sobre Granada, personajes notables como el inventor de explosivos

Pedro Navarro, el artillero perfeccionador Francisco Ramírez, los arzobispos Mendoza, Hernando de Talavera y Cisneros en unión de eclesiásticos, pajes y acólitos. Debió ser agotador el encargo encomendado, pensando en el enjambre de conquistadores, constructores y gente de ciencia allí llevados en su inmortalidad; parecen removerse los caballeros Pérez del Pulgar, los condes de Cabra y de Tendilla, el inquisidor Torquemada, el Gran Capitán, el artista Torrigiani —el que pegó a Miguel Angel—, el arquitecto Juan Guás, el gramático Lebrija, el poeta Juan de la Encina, las ilustres mujeres La Latina, la doctora María de Pacheco y las reinas Dña. Catalina, Dña. Juana la Loca y Dña. Isabel; Boabdil postrado, Colón retornado triunfante y sus principales compañeros del Descubrimiento. Continuando la Historia, están Felipe II; se estira una exhaustiva lista cuya total relación lo convertiría en texto escolar, aquí, en estas páginas.

Destaquemos de la modalidad del retrato los de sus hijos cuando eran pequeños. Dificultosos son los niños como modelos por las pocas líneas que poseen sus caras redondeadas, líneas que hacen más fácil el retrato en adultos, cuanto de más edad mejor; pero para José esto no era obstáculo, pues lo dominaba con pericia. Encantador el de su primogénito, Enrique, cuando éste era párvulo.

Dice del maestro el marqués de Lozoya que cuando se situaba en la calle pintando los rincones típicos, se le acercaba admirado el que luego habría de ser gran pintor Fernando Alvarez de Sotomayor, y a quien no le importaba hacer frecuentes novillos, prefiriendo empaparse de cómo manejaba la paleta el Vera que tenía delante, a asistir a una, para él tediosa, escuela de primera enseñanza. Sotomayor habitó algunos años de su infancia en la cuesta de San Justo, junto a su madre, viuda instalada en Toledo para mejor atender a otro hijo, alumno de la Academia de Infantería.

En su profesión, nuestro artista lo mismo pintaba techos de dimensiones de 10 x 2 y de 6 x 2 metros, adecuándose a las irregulares formas geométricas de los enclaves a que se había de ajustar, como los del Café Español, que ponía la mano en pequeñas tabla de 20 x 5,5 centímetros, como el mostrado por la señora Ana María Corcuera, de Polán, de ilustres ascendientes y grandes eruditos como ella, celosa guardadora de buenas obras del artista. El cuadrito enseñado, plasma un frente del claustro de la

catedral toledana, con un primer plano de tupida vegetación, en difícil maridaje del enmarañamiento y a su pesar, de las bien definidas ramas cuajadas de hojas y flores, no confundidas, resultando todo jugoso; un monaguillo está situado oportunamente como complemento de color. Solía meter en esta clase de pintura la arquitectura que quería señalar, rica gama de verdes y graciosas figuras humanas, que hacen más movido el cuadro. Son alardes del dominio que poseía de los elementos a que debe recurrir en todo instante un completo artista.

Otro cuadro, en faceta distinta, es el mencionado de la entrega de los terrenos para la instalación de la Fábrica de Armas, factoría a la que temporalmente estuvo unido por inclusión en la nómina de trabajadores, subterfugio para retribuirle por sus pinturas de la capilla, ya que, para estos menesteres no había asignaciones. Este cuadro, de grandes dimensiones, es una composición en la que intervienen el cardenal Lorenzana como protagonista, eclesiásticos acompañantes detrás, artilleros de gala recibéndole y sus esposas ricamente engalanadas, rindiéndole homenaje; más al fondo, la huerta, el río y Toledo. Bien planteado, dando vida e intención al gran acontecimiento, buscando el que cada persona sea en sí una obra recreante, sin hacer desaparecer la idea de conjunto e ilustrando el hecho histórico con aditamentos de paisaje y con señalamientos del lugar en que se desarrolló la entrega.

Hay en su trayectoria extenso espacio de su saber pictórico.

JOSE VERA, PROFESOR.

Produjo en Toledo gran alborozo la noticia de que por Orden ministerial se creaba en ella una Escuela Superior de Artes Industriales, que más tarde habría de llevar el nombre de Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Ciudad de tercer orden, no podía por menos de recibir con regocijo la decisión, lo que conllevaba que pudiese tener un centro educativo que acogiera a núcleos de población juvenil sin otras posibilidades de ampliar sus estudios primarios, de los que hasta entonces no pasaban sino contadísimos muchachos de cierto acomodo. Con visión de hoy, no es mucho, pero ello valió para que en dicha Escuela se formaran buenos artesanos

y bastantes artistas; también para que adquiriesen mayor instrucción general los que prematuramente se veían obligados a dejar la escuela primaria para ganar, todavía en la infancia, algún dinero con que ayudar al sostenimiento del hogar, pues complementariamente en los programas del centro entraban clases de cultura general.

Un edificio digno de la raigambre artística de Toledo tenía que erigirse. El proyecto y dirección recayó en el arquitecto Arturo Mélida, autor de la obra que soporta la figura de Colón en su monumento de Madrid y restaurador de San Juan de los Reyes; él llevó a cabo, próxima a este monasterio, la construcción. Fue pensada en estilo neomudéjar con adobos góticos, ornamentada la fachada con heraldos de la época de los Reyes Católicos, en piedra blanca y barro cocido, de los que últimamente ha habido eliminación parcial anulando recargamientos.

Recientemente, en 1982, se ha celebrado el centenario de su creación. Lo han conmemorado conferencias haciendo historia de la Escuela, en su desarrollo, en sus esperanzas; con exposiciones de trabajos de profesores ya desaparecidos, y de su primer director, el pundonoroso Matías Moreno, que hasta acarreó materiales y actuó afanosamente como peón de albañil, queriendo que las obras se terminaran cuanto antes; del galardonado Vicente Cutanda, de la época de José Vera; del famoso ceramista Sebastián Aguado; del barbado Aurelio Cabrera, menudo y dinámico, que también fue director; del apuesto escultor Roberto Rubio, que la dirigió en los años treinta, y de otros de no menor tono como enseñantes.

José Vera González fue designado profesor de entrada de Dibujo Artístico y Composición Decorativa e Historia del Arte el 1º de mayo de 1917, con asignación anual de 1.000 pesetas. Su sueldo fue aumentado a 1.500 en 1918 y a 2.000 en 1920; era director de la Escuela Vicente Cutanda y secretario Sebastián Aguado.

En 1929 alcanzó las 2.500 pesetas anuales, 3.500 en 1931, pero le bajaron a 2.500 en 1932 por reajustes operados en el Estado. El 22 de febrero de 1934 le fue concedida la jubilación, mas por no alcanzar el tiempo requerido para conseguir pensión, prolongó su situación en activo hasta el 25 de febrero de 1936, pero sin ejercer en este lapso por encontrarse enfermo.

Discípulos de él que viven en Toledo, como Guerrero Mala-



D. Manuel Rubio y Borrás.

gón y Juan José Morera, le enjuician como hombre respetable y cariñoso. Estas cualidades solían estar muy presentes en la Escuela, donde esta constante se ha dado siempre; pero en los Vera fueron muy manifiestas con respecto a sus alumnos y a cuantos les trataron.

No pudo con la enfermedad que la atribuló en los dos últimos años de su vida. Murió de setenta y cinco años, afectado de esclerosis renal, a las siete de la tarde, como registra su partida de defunción, el 26 de septiembre de 1936 en la plaza de Juan de Mariana número 4.

Estos datos del día, hora y casa de la defunción están com-

prendidos en agitados momentos que sufría la población. Toledo padecía su tensión más dramática de la guerra civil. En el Alcázar se refugiaban los sometidos a un asedio por fuerzas del Gobierno de Madrid, en temor y angustia desde hacía dos meses, casi exhaustos pero esperando su liberación por tropas de las de su adhesión, éstas en proseguida conquista de Andalucía, Extremadura, Talavera de la Reina, Maqueda y con cercanía evidente para un temido asalto a la Ciudad, presumiblemente en cruenta lucha, pero que no se produjo así, porque del otro lado no opusieron resistencia los grandes contingentes de milicianos concentrados. La población civil estaba recluída en sus casas y en gran parte evacuada. Los servicios estaba interrumpidos; efectuar un enterramiento era imposible, porque el cementerio podía ser batido por el fuego cruzado de los dos bandos. Los restos de D. José tuvieron que permanecer muchas horas sin enterrar, en un septiembre caluroso, con mucha preocupación de la familia, a cuyo frente tuvo que estar el hijo Enrique, auxiliado por los hermanos varones en cuanto a decisiones, con el consiguiente dolor y con dificultades, generosamente paliadas por la familia López-Fando, que acogieron en su casa de la plaza de Juan de Mariana a D. José, desalojado de la suya de la calle de Santa Fe por ser línea de fuego desde la iniciación de la sublevación.

Este gran artista había muerto en medio de una tremenda turbulencia que embargaba a las poco antes tranquilas calles que él tan bien supo trasladar a sus lienzos.

ENRIQUE VERA SALES

SISTESIS DE LO QUE FUE.

El hijo primogénito de D. José aguantó con entereza todos los embates de la guerra civil del 36, que sufrió el Toledo que le vio nacer.

Enrique, antes del trance por el que pasó consecuente del fallecimiento de su padre en circunstancias de excepción, tuvo que moverse, además, con gran atención para animar y proteger al entonces director de la Escuela de Artes D. Ramón Pulido Fernández, notable pintor madrileño que, ya viejo y muy sobrecogido, estaba envuelto en temor al intuir que llamaba la atención por su aspecto de fraile de paisano. De haber cundido esta sospecha, mal lo hubiera pasado el pacífico D. Ramón, por culpa de enardecidos valentones incrustados en unidades combatientes. Asimismo, Enrique tuvo que mezclarse y convencer con energía, y a la vez con cautela, a irresponsables perturbadores que obsesivamente querían destrozar tesoros religiosos desconociendo o despreciando el valor artístico de lo que querían destruir.

De fondo noble y maneras delicadas, fue resolutivo en situaciones en que otros valerosos se hubieran inhibido. Acostumbrado a la adversidad, como la padecida en la Guerra de Africa, a cuyas luchas asistió, a sus estancias en países de idiomas desconocidos y a pertenecer a numerosa familia que no podía permitirse relajamientos de ningún género, le dio fortaleza para enfrentarse sereno ante cualquier evento.

Nació el 4 de noviembre de 1886 y dejó de existir el 1 de diciembre de 1956 a la edad de setenta años. Recibió su nombre en recuerdo del que llevó un tío suyo —nota curiosa— muerto en un safari en Africa. Constitución saludable, activo, bondadoso, no-

ble semblante parecido al de su padre, fue un gran pintor, como veremos.

ENRIQUE, GRAN PINTOR.

No siempre se pueden hacer presunciones sobre las profesiones que elegirán de mayores los jóvenes de una familia en razón de los oficios o ejecutorias de los ascendientes. Si arquitecto es el padre, arquitecto el vástago; si naturalista el primero, biólogo el hijo, se piensa.

Sobre las vocaciones, circulan aseveraciones inexorables, como la de que la penuria en el hogar espolea para luchar por el triunfo, o que sin ella éste a duras penas se consigue. El doctor Vallejo Nájera ha tratado el tema de los "castratis", niños cantores italianos a los que sus progenitores dejaban mutilar para que la voz de tiple la conservaran de adultos, y así asegurar su bienestar para toda la vida como cantores de afamadas Capillas o en Cortes fastuosas europeas; origen similar al de los toreros españoles, extraídos de modesto medio social en la mayoría de los casos, buscando la gloria y huyendo del hambre.

No fue la estrechez, que no tuvo aunque tampoco nadó en la opulencia, acicate para que Enrique estudiara con ahínco en lo que podría darle holgura y estimación. Pero sí fue, en su caso, fuerza operante para decidirse con pasión por los pinceles el que hubiera nacido entre ellos.

En la casa paterna manejó los útiles de dibujo y pintura y nada mejor que en ella para que, precozmente, fuera un adelantado en el conocimiento de los pigmentos, saber molerlos y amasarlos con las colas y los aceites; elegir los entramados de los linos o los cáñamos, imprimirlos; cuándo secos están listos para clavarlos en bastidores de madera curada; conocer el pelo de marta o el de cerdo; dar los fondos, tener en cuenta los colores complementarios, las mezclas, la luz tonal y la inducida; la composición, los "arrepentimientos". . . todo lo preparatorio que un artista ha de aprender y de lo que él no fue remiso en revelar, sin cicaterías, a sus alumnos.

Recibió lecciones de Vicente Cutanda, 1ª Medalla Nacional

de 1892 por el cuadro de tema social "Una huelga de obreros en Vizcaya". Pintor, Cutanda, que armó ruido, hasta tal punto que un crítico dejó sentado que su pintura significaba "el primer paso dado por los artistas españoles en el camino de la verdad". Otro juicio más fue el del combativo y popular político Rodrigo Soriano, quien dijera del galardonado que con él se abandonaba "la vieja quincallería, los históricos cachivaches".

Enrique, después de sus estudios de bachillerato en el Instituto de Toledo, dirigido por D. Teodoro de San Román, marchó a Madrid a aumentar los de Pintura, bajo Emilio Sala y Joaquín Sorolla. En la Escuela Superior de Bellas Artes fue un alumno aventajado, en dura competencia con compañeros muy meritorios. De no rendir estas escuelas superiores una alta preparación, de bien poco hubieran servido sus títulos si con ello se pretendía ocupar una plaza oficial; tan poca consideración merecían, que los dorsos de los diplomas que expedían había quien los utilizaba para hacer apuntes al carbón o a lápiz.

Enrique Vera no desmayaba por ello; al contrario, llegó a conseguir buenas calificaciones, sobre todo en las asignaturas de Anatomía Artística, Perspectiva, Dibujo del Antiguo, Historia del Arte, Paisaje y Teoría del Color. Alumno descollante, mereció Medalla de Dibujo en 1908 y la de Paisaje en 1909. En la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1912, además de Mención de Honor, obtuvo bolsa de viaje, con la que y con otra ayuda que más tarde recibiría de la Diputación Provincial, tendría la oportunidad de permanecer en Italia, Austria, Suiza y Francia, así como en Alemania.

Italia no interesaba ya tanto para adquirir el bagaje artístico con que abrirse camino. Insistimos, todo el atractivo se había desplazado a París, punto dominante para los empeñados en actualizarse, que dominaría el período de 1900 a 1940. Sin embargo, Austria y Alemania no le iban a la zaga, países por los que Vera tuvo predilección en las ausencias de su tierra. En Austria aprovechó el tiempo para merecer Mención Honorífica con sus trabajos al óleo en un certamen. Había llegado a Viena con el solo propósito de visitar a un hermano, ingeniero; pero su permanencia se prolongó tres años. Allí, en Viena, estudió la técnica de esmaltes sobre metales a instancias de la Fábrica de Armas de Toledo, que le comisionó para tal fin e introducir su enseñanza en la misma.

Pintó sin descanso en las naciones recorridas, adquiriendo el buen dominio que a su regreso a España le proporcionó gozar de admiración como pintor de nombradía. Gran aventura ésta, que así puede llamarse, porque viajes que entonces podrían calificarse de envergadura, no estaban al alcance de cualquiera, ni para hacer turismo ni siquiera para hombres de negocios; pero él lo realizó y no precisamente con medios adecuados, pues los auxilios recibidos fueron exiguos.

Tras algunas escapadas a España, a su regreso definitivo las puertas de Madrid se le abrieron con una muy celebrada exposición que hizo en la conocida Sala Iturriz, en abril de 1915. Exposición bien preparada, a la que aportó obras elegidas de las realizadas en Centroeuropa. Originales muy bien entonados, de paleta suelta y de belleza inimitable. Igualmente expuso bellos encuadres de nuestra Patria: puertos guipuzcoanos y la ría de Pasajes; tres calles de Pancorvo (Burgos); “Segovia desde el Clamores”, “La Catedral”, “El Alcázar de Segovia” y “Otoño”, de la misma capital castellana; de la suya, de la también castellana, como “Puente de San Martín”, “Transparente de la Catedral”, “Convento de San Pablo”, y un largo etcétera hasta totalizar el número de ciento tres obras. Entre ellas cabe contar motivos de Austria, entre los que se encontraban “Molino de Estiria” —provincia que después se anexionaría Yugoslavia— y paisajes de los Cárpatos; también de la entonces italiana de Istria y los encantadores de Portugal.

Le adquirieron cuadros en aquella exposición, que fue muy visitada y comentada en la prensa nacional, personalidades relevantes como la Infanta Isabel, tía de Alfonso XIII, y el Presidente del Gobierno José Canalejas. Uno de los comentarios impresos fue el publicado en el diario *El Imparcial*, de 20-5-15, debido a la gran autoridad crítica de Francisco Alcántara, del que entresacamos: “. . . dibuja como Arredondo y se encamina a la síntesis de Beruete, con la ventaja sobre ambos de que pinta la llama con que el sol acaricia, dora y santifica las piedras viejas de Toledo; esa llama cálida como el oro unas veces, purificada como el rojo blanco del horno otras, y productora siempre del contraste de unas sombras, de unos oscuros tremendamente difíciles de expresar”.

Fue una revelación dentro del ámbito nacional, en sus años jóvenes. El encargado de la sección de arte del *Diario de Barcelona*, L. Folch, resumiendo una semana de exposiciones de la Ciu-

dad Condal, dijo de Enrique Vera: "No recordamos este nombre entre los pintores que mantienen el fuego sagrado de nuestras campañas artísticas; y, sin embargo, nos vemos en esta exposición de las Galerías Areñas encarados con un artista de fina sensibilidad y de sabia técnica".

Se sucedieron exposiciones en los salones más concurridos por los más conspicuos gustadores de Arte —críticos, coleccionistas, admiradores—, que se harían lenguas de las muestras presentadas. En agosto de 1917, en plena temporada veraniega y de moda de San Sebastián, exhibió en la Sala de "El Pueblo Vasco" 58 óleos guipuzcoanos, segovianos, burgaleses, portugueses, austríacos y especialmente de su ciudad natal, Toledo, fuente inagotable de sus infatigables correrías y de la que en todo momento supo sacar tesoros de luz montada en su irregular y encantadora topografía. En su catálogo se observan precios que van de 65 a 500 pesetas.

En "Rotonda del Gran Casino", en el Sardinero, de Santander, en julio de 1919, aportó otro prolífico conjunto compuesto por 62 obras, 32 de ellas referidas a nuestra ciudad, 10 a Cuenca, 4 a Segovia y otras 10 diferentes de Santiago, Pancorvo, Salamanca, Sigüenza, Vigo y a una aldea portuguesa. El valor de los cuadros de esta Exposición van de 75 a 1.000 pesetas.

Como se ve, la capital donostiarra y la cántabra, en las mejores semanas de sus calendarios en fiestas, exigentes, abrieron sus puertas a un artista que alcanzó gran categoría.

Continuando sus andanzas por el Norte, es Bilbao la que le acogió; en el Ateneo. Fueron numerosos los comentarios que se escribieron del autor, en el catálogo de esta exposición. Entre ellos no faltaron loables juicios de los prestigiosos críticos Francisco Alcántara, novelistas Antonio de Hoyos y Vinet y Luis de Oteyza y académicos José Francés y Federico García Sanchiz. José Francés anotó: "En el actual renacimiento estético de la pintura de paisaje en España, tiene Enrique Vera importante significación. . . Ama por igual las cumbres bravías y las llanadas yermas, los mares azules y extensos bajo el sol, y los rincones plácidos, sombrosos, donde el misterio y el olvido tejen estrofas melancólicas. . . En cuanto a la técnica, predomina la pincelada amplia, sobria, segura; los gruesos de color, que dan una materialidad casi sólida a los primeros términos, que realizan aún más la ligereza y la suavidad de toque en los últimos".

Ramón Pulido, el gran pintor madrileño, el que luego habría de ser director de la Escuela de Artes de Toledo y gran amigo del ahora mozo artista, de esta exposición de Bilbao escribió: "Enrique Vera tiene una idea muy clara de lo que debe ser el paisaje y cuál es la misión del paisajista. Sabe que la sinceridad debe inspirar siempre sus obras, y procura huir de composiciones falsas preparadas en el estudio con pequeños apuntes; por esta razón acude al natural, y con buena fe, mucho talento y procediendo honradamente".

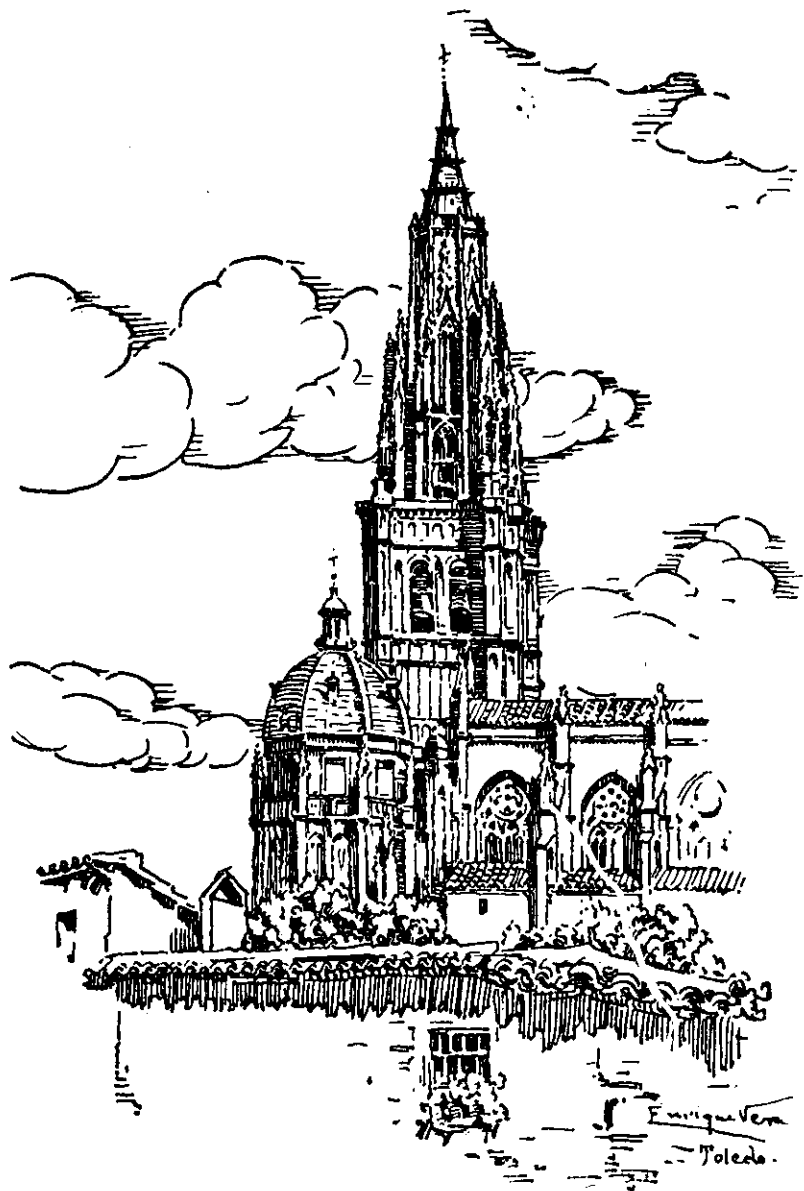
En otros comentarios se le clasifica como paisajista con justa precisión, puesto que fue un asunto al que se dedicó con preferencia. Pero sería incompleta la semblanza si no se recordase de él también su dominio de la composición, sus cuadros de magníficos desnudos y de estudiados retratos, con toques briosos creadores de movimiento y vida, no faltándole característicos dibujos que harían escuela.

En la Exposición Nacional de 1922 conseguiría 3ª Medalla, muy ansiada y disputada por los numerosos y notables concursantes que acudieron.

En 1924 se celebró en Sevilla la magna Exposición Iberoamericana, en la que se reunió lo más brillante producido en la parcela industrial y del arte de los países que la compusieron, y en la que se elevaron pabellones, plazas y jardines de la mejor arquitectura, como merecía el rango de la Muestra. De Enrique Vera se expusieron magníficas obras en el Pabellón de Castilla. Paisajes toledanos, que recogió la Enciclopedia Espasa en lámina a color y en texto con reseña del pintor. La sala dedicada a Toledo, fue dirigida por él en cuanto a decoración y a selección de las obras artísticas exhibidas.

Los cuadros de Enrique Vera se reparten por toda España, Europa, las dos Américas y el Japón. A Toledo acudían clientes alertados por la fama que iba acumulando el artista. A su casa de la calle de Alfonso XII llegaban gentes de todas las latitudes interesados en comprarle, pero si estaba ausente, venían advertidos de que podrían hallarlos en exposición permanente que mostraba en la típica Venta de Aires, lugar de encuentro y de celebraciones de ilustres visitantes.

Rosario de distinciones y homenajes corrieron con el tiempo, fruto de trabajo constante. Un hito destacable en su historia de



LA CATEDRAL.-Toledo

Dibujo de Enrique Vera

pintor lo es la concesión de la Medalla de Oro del Ministerio del Ejército en la Exposición Nacional de 1945, por su "Vista del recodo del Tajo con el Alcázar" —éste último aún sin reconstruir—, en el que se encuadran la fortaleza, la casa del Diamantista por debajo, los riscos del Valle y del Bu por delante, y detrás del castillo de San Servando con fondos del comienzo de la Sagra; de gran luminosidad, combinando sin exceso los colores que pudieran menguar la intención.

Las Nacionales son las metas de pintores, escultores, dibujantes y arquitectos, que con la sola admisión de sus obras son considerados triunfadores. Compitieron en este exponente de 1945, artistas de alta talla como José Aguiar, Juan Avalos, Pedro Bueno, Freixas, Gutiérrez Solana, Pedro Mozos, Ceferino Olivé, Benjamín Palencia, Rafael Pellicer, José Planes, Redondela, hermanos Segura, Solís Avila, Soria Aedo, Gregorio Toledo y Daniel Vázquez Díaz, completando una lista de cerca de cuatro centenares de elegidos.

EPOCA PICTORICA QUE RODEA A ENRIQUE VERA.

En todo el mundo ha quedado por sentado que después del Renacimiento no ha habido una revolución artística como la del siglo actual. En París se fraguó lo que habría de convulsionar el sentido estético que en mayor o menor evolución estuvo vigente hasta entonces.

El cambio experimentado en París no se debe únicamente a los franceses, sino con ellos al aluvión de artistas que afluyeron a la capital, como centro intelectual y de riqueza. El impresionismo estuvo en auge, pero nuevos conceptos vinieron a sustituirle y fue el propio Cézanne uno de los motores del trueque. Nació lo que habría de denominarse la Escuela de París, que tuvo su hegemonía en los cuarenta primeros años del siglo presente.

El cubismo fue la novedad discutida que terminó por despertar entusiasmos, para después saltar a otras yuxtaposiciones como el fauvismo, dadaísmo, y el de mayor entidad, el surrealismo. Todos estos terminaron por agotarse y se reemplazaron con novedades más o menos efímeras, entre las que sería preeminente la abstracción.

La Pintura histórica cedió, o al menos su planteamiento estático y solemne, que sólo unos pocos supieron sacudir introduciendo imaginación fecunda y original como Muñoz Degrain, Ferrant y Emilio Sala.

Emilio Sala fue el primer maestro que tuvo Enrique Vera, después de la preparación que de Toledo llevara a Madrid, sobre todo la proporcionada por su padre. De Sala aprovechó la lección plástica, que a su vez éste recibiera de Eduardo Rosales, observando de aquél la ajustada relación de valores, su diversidad de tonalidades, originales, vigorosas, en dibujos seguros, manejados con pródiga imaginación de artista levantino. Emilio Sala, nativo de Alcoy como probablemente lo fuera el abuelo de Vera y al que le acercaran posiblemente relaciones de origen.

Joaquín Sorolla fue otro de los primeros maestros que tuvo Enrique en su arribada a Madrid, antes de su ingreso en la Escuela de San Fernando. De él tomaría la luminosidad mediterránea, de la que, por otra parte, ya era portador por influencias de su padre, buen captador del ardiente sol que se da también en Castilla. En el maestro valenciano, Sorolla, vería la pincelada suelta que tuvieron los impresionistas franceses, conjugada con las esplendentes luces, notas constantes en prosperidad no discutidas hasta el presente.

Enrique Vera se apoyó en este impresionismo perdurable, sin desdeñar modelos y doctrinas en sus amplios recorridos de enriquecimientos que emprendiera por Madrid y por Europa de la efervescencia artística. Asumiría el paisaje como fundamento de dedicación, no arredrándole la realización de otros motivos, como puede comprobarse en otros trabajos serios en los que interviene la figura humana e ingredientes animalísticos, dominados e impositados con rapidez y gracia, si así encajaban en esos deliciosos rincones que se describen en sus lienzos.

El paisaje de caballete no se conoció en la historia de la Pintura hasta pasada la primera mitad del siglo XIX. A partir de este período el tema fue de gran aceptación en la nueva modalidad de trabajos al natural, a plena luz y sin grandes acompañamientos. Gran porvenir tuvo la tendencia, que Enrique no desaprovecharía y que tomó con pasión y gusto.

El cartel anunciador fue otra de las manifestaciones que se adentró en el Arte con no poca expectación. Apareció como necesidad comercial y del espectáculo. Toulouse Lautrec fue el ejem-

plo atractivo de la modalidad, simplificadora de escenas, objetos y elementos decorativos, difundida por el modernismo, con seguidores posteriores renombrados, como Rafael de Penagos en España. Vera, dominador de técnicas, compuso carteles seductores y contribuyentes al mayor esplendor del ánimo de fiestas toledanas, arraigadas y aumentadas en fama de año en año. El cartel que hizo para la fiestas del Corpus de Toledo en 1928, se compone de elementos históricos colocados con fantasía y armonía: el cardenal Cisneros de la Capilla mozárabe de la Catedral va escoltado por dos caballeros cruzados, los tres en sendas cabalgaduras, como defensores de la fe que simboliza la Eucaristía y la misma Catedral puestas al fondo. Hizo otros acoplándose a gustos cambiantes, pero notándosele una imperturbable firmeza en sus modos de sentir el Arte, como se mantuvo en sus cuadros, después de depurarse a sí mismo tamizando las notas dominantes en la Europa de su tránsito.

Los dibujos a plumilla que como complemento en su vida hizo para revistas, folletos y tarjetas postales fueron muy apreciadas. Constaban de temas que el artista creó con trazados sutiles y desenvueltos. Le imitaron más tarde varios seguidores. Aún se reimprimen para ilustrar descripciones históricas y recordaciones festivas.

Enrique fue el gran paisajista de Toledo, con afiliaciones impresionistas dentro de sus convicciones personales, diferentes a las de otros pintores, notables también, que se inspiraron en la ciudad. Zuloaga, Beruete, Benjamín Palencia y múltiples artistas nacionales y extranjeros escogieron a Toledo por modelo ideal, y ninguno fue similar al toledano de nacimiento, que tanto repartió por el mundo el tema de su predilección.

MISCELANEA.

Enrique Vera fue un apasionado de Toledo y le dolían los desafueros que se cometían en sus fachadas, pese a ordenamientos, muy tímidos e insuficientes para que cada cual arbitrariamente entendiese qué chapuza podía mejorar su propiedad. Pero no sólo tuvo que lamentar estos desarreglos, sino la incuria de los desaprensi-

vos que ocasionalmente embadurnaban las paredes para anunciar su mercancía o su programa electoral, y la apatía e indiferencia de los que toleraban bravuconadas moceriles y caprichos infantiles pintarrajeando y desportillando paredes y portadas. Lo irremediable era más lamentable; los atentados a arquitecturas históricas que arriscados modernizantes cambiaban a su antojo.

El buen sentido ha faltado en ocasiones, por falta de entendimiento en cuanto al fin que tiene el Arte en cada caso y para cada lugar. Toledo debe ser el testimonio de épocas pasadas que aquí deben terminar en el Barroco, como broche del Medievo y Renacimiento, con respeto para lo existente hasta el Neoclásico, admitiendo reconstrucciones de estilos fenecidos. No deben arruinarse arquitecturas populares, que le dan variedad dentro de una autenticidad pasada, y debe desautorizarse el afán de imitar signos de bienestar forastero. Esto último lo podemos tener en lo íntimo de los hogares, como legítimo derecho. Este derecho también es exigible para vías y paseos, olvidado para con los usuarios diarios, a los que nos han impuesto incomodidades algunos arquitectos desde sus despachos de Madrid; exigible asimismo a ediles soñadores de irrealizables proyectos, e indiferentes por las muchas pequeñas cosas subsanables con poco dinero. La monotonía y la rutina del mudéjar que amenazaba hacer uniforme a la ciudad, afortunadamente pasó, pero coqueteos como modas actuales no han faltado, y a punto se ha estado de caer en la tentación de hacer un museo extraño de escultura al aire libre, dispar con la línea amurallada del Paseo de Recaredo, por eso de que el contraste es bonito, y por aquello del Museo abstracto de Cuenca, que, naturalmente, los conquenses no le tienen en la calle.

Todas estas cosas las hubiera sentido nuestro biografiado, quien siempre tuvo la preocupación y la inquietud por denunciar y pedir una ciudad respetada y conservada conforme a la misión que cumple de ser un conjunto de historia, a la que no han de añadirse hojas nuevas que la desnaturalicen, y sí evitar despropósitos que la derrumben.

El diario local *El Castellano*, en mayo de 1915, publicó una entrevista de Vera con el ilustre periodista Tomás Rodríguez Bolonio, al que contó que sintió emoción visitando una escuela de una aldea austríaca, viéndose sorprendido cómo al enterarse de que era de Toledo, los niños espontáneamente exclamaron con ve-

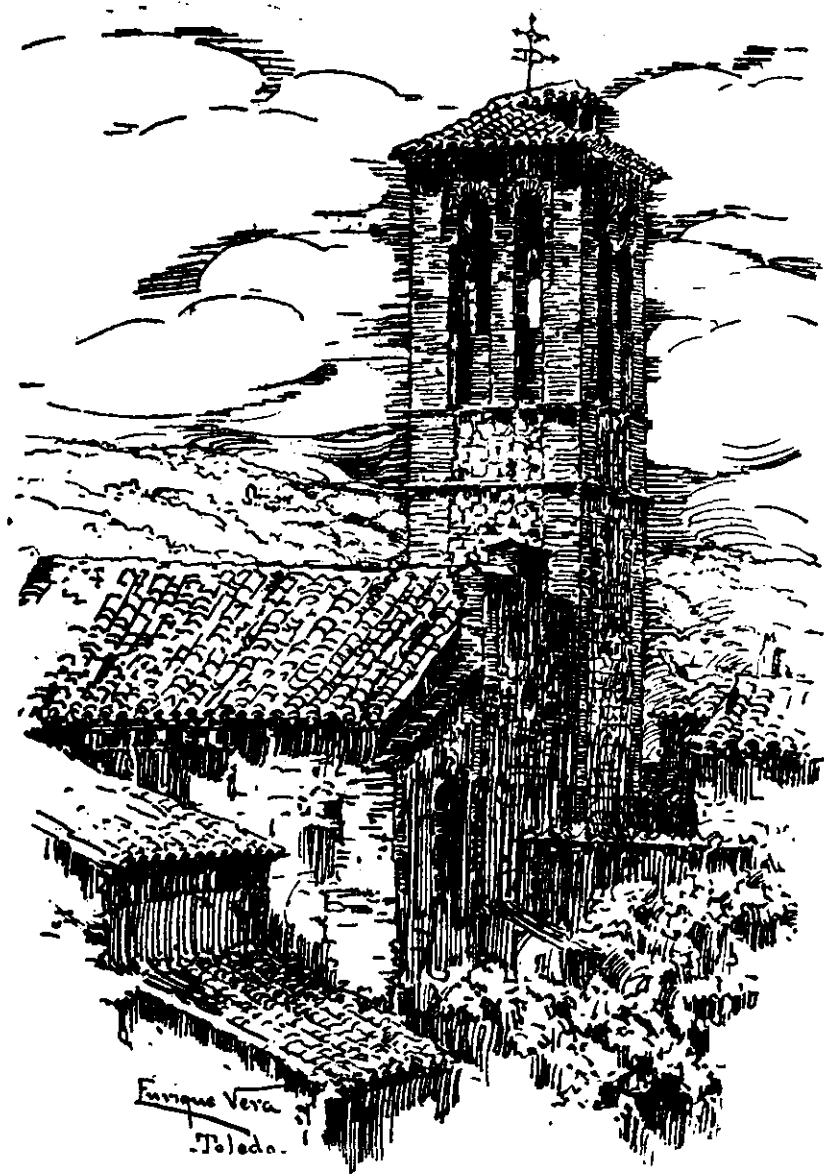
neración: “¡Ha, sí! Castilla, en España. Allí vivió Carlos V”. Niños aldeanos de los años 10, con respeto y admiración por tierras a las que sabían localizar y de las que señalar el dato histórico.

En la entrevista —“interview”, como presuntuosamente se decía—, le cuenta a su amigo Rodríguez Bolonio las estrecheces pasadas recorriendo Roma, Florencia, Pisa, Nápoles, Pompeya, Venecia y Viena. Bolsa de viaje de mil pesetas concedidas en 1912, que quedaron íntegras en Roma. Al año siguiente la Diputación Provincial le concedió una pensión consistente en otras mil pesetas. Por muy bien que las administró, padeció trabajos y privaciones en el extranjero. Continúa informando al interlocutor, sobre otro pensionado, por igual cuantía y por su Diputación de Segovia, que al pedir ésta noticias de su patrocinado a la Academia vienesa —en la que completaban los dos sus estudios— con la pregunta de “¿qué tal va nuestro pensionado?”, el tutor del centro les respondió: “Va poco a poco, muriéndose de hambre”.

No obstante, el joven Vera resistió las dificultades, regresó a su nación, expuso la obra a la que con tanto ardor se había aprestado, y recibió la recompensa del éxito en Madrid y capitales norteñas. Toledo se unió ofreciéndole homenaje y un banquete brindado a la vez a otro pintor, Latorre, y al compositor Gómez Camarero, autor de “Una noche en Toledo”.

Los comensales, según largas reseñas de la prensa local, fueron muchos y, entre ellos, se notó la presencia de una mujer, que obtuvo el elogio de uno de los oradores, que un cronista resume en estos términos: “Tiene el elocuente orador una nota gentil de bizarra galantería para el alto ejemplo que, con su asistencia a este acto ha dado la señorita Fuensanta Sánchez a despecho de las rutinas y preocupaciones reinantes. Comparóla a una flor que, en lo alto de una escarpada montaña, donde reinan los vientos crueles y los ventisqueros que matan toda vegetación, halla en su camino el fatigado caminante para recreo de su espíritu”.

Deteniéndonos un poco, nos preguntamos en qué consistiría la comida del homenaje y su precio. Indagando, nos enteramos de uno celebrado en el mismo año de 1915, en un restaurante de la mejor categoría, que suponemos sería similar a aquél, y en cuya tarjeta leemos:



SAN SEBASTIÁN.-Toledo

Dibujo de Enrique Vera

MENU

Paella
Menestra de cordero
Postres variados
Café

Precio: 2,50 pts.

Almuerzo en honor del Digno Sr. D.
que se celebrará el 4 de abril de 1915 a la una de la tarde

La hora es muy temprana para nuestras costumbres actuales, y sí razonable entonces por no ir el reloj adelantado con respecto al sol. Se nos asegura que aunque la lista de los platos es muy escueta, éstos eran muy surtidos y de calidad; los vinos no se citan, pero estaban incluidos y eran buenos; tampoco se citaban los licores y el cigarro puro, pero también se servían. El precio, en realidad, no era barato si se tiene en cuenta que rondaba el equivalente al salario de un día.

La estimación a Enrique Vera aumentaba. Jacinto Guerrero, el famoso músico de Ajofrín, propuso a las Corporaciones local toledana y a la provincial que, unido a su propia aportación, se adquiriese al artista un cuadro para colgar en el "Restaurante Martínez", de Londres, que el compositor había visitado y comprobado con desolación que en las paredes se exhibían obras de las diferentes provincias españolas y faltaba de la nuestra. La petición fue bien acogida y el "Restaurante Martínez" de Londres tuvo un magnífico "Toledo" de Vera.

El pintor era conocidísimo en los barrios más apartados, donde él instalaba su caballete. No llevaba en determinadas ocasiones silla consigo, aunque trabajaba sentado si el bastidor no era grande; cualquier vecina se desvivía por atenderle y ofrecerle la mejor silla que tenía, una de asiento de cartón piedra. Enrique, entonces, cariñosamente la rogaba que se la cambiase por una silla de cocina, de enea, pues le resultaba más cómoda.

En una excursión acompañando a sus alumnos, años más tarde, a Segovia, paseando en grupo por las cercanías del río Clamores, de pronto se le acercaron alborozados unos sencillos vecinos de los aldeaños, gritando "¡Don Enrique, don Enrique, usted por aquí!" Hacía años que estuvo por allí y se ganó el afecto de aquellas gentes, a las que también acaso pidiera prestadas sillas de enea.

D. Enrique fue elegido concejal de su Municipio. Este siempre dispuso con tal cargo de un buen artista, que aleccionó a sus compañeros de Corporación en el buen mantenimiento y representación de una ciudad tan cantada por extraños. Debe recordarse que por igual conveniencia, en diferentes mandatos el Ayuntamiento tuvo como concejales a artistas como Matías Moreno, Pedro Román, Luis Carrillo, Romero Carrión, Félix del Valle y otros.

De su amigo, el eminente poeta y cronista de la Ciudad D. Clemente Palencia, se conserva este bellísimo soneto:

Pintor de atardeceres toledanos,
de rincones y ocultos cobertizos.
Tú sabes revivir con sus hechizos
los ecos de los tiempos ya lejanos.

Florece al conjuro de tus manos
quimeras y misterios huidizos;
y abren las golos de los blancos rizos,
cual figuras del Greco, sus arcanos.

Tú sabes rescatar de su tristeza,
de su dolor de pobre incomprensida
a esta ciudad que sufre, llora y reza.

Perfumadas con amor llaga y herida,
y el nimbo que corona su cabeza
se hace imperial con tu paleta unguada.

De Enrique Vera, inventando el símil, digamos que rescató de la tristeza el nimbo y corona en su cabeza y se hizo imperial con su paleta unguada al regresar de los combates de Marruecos, en que le tocó ser soldado. Gran zozobra en la que debieron estar sumidos sus padres, por un hijo tan querido envuelto en la lucha contra los marroquíes, que mantuvo España en interminable guerra en el primer cuarto de siglo. Tristeza acusada en familias que no podían eximir de la prestación del servicio militar a sus hijos —injustas disposiciones de la época— por no poder “comprar”, que así se decía, con 2.000 pesetas pagadas al Estado su redención, o bien abonadas a un mozo indigente, excedente de cupo en sorteo, que se ofrecía al cambio por salir de escasez o de deudas. Tal vez tampoco Enrique hubiera aceptado esta liberación, por convicciones morales que en él anidaron siempre y porque, posiblemente, participara de

aquellas corrientes de exaltación patriótica, reivindicativas de honor bélico que invadiera la nación, y de las que ésta se curó posteriormente con actitudes inversas.

Figuró alistado en filas por espacio de cuatro años. Desembarcó con su unidad en Melilla. Estuvo en las acciones del Zoco Arbate, de Muley Alí Xerif, combate de Lechdara, toma del poblado de Mayerí, ataque y toma de Tahuima y Nador. Por su actuación, le fueron concedidas la Medalla de Campaña de Melilla, el Pasador del Gurugú y condecoraciones por intervenciones en Sidi Hamech, Quevdara, Nador, Tetuán, Zoco de Jenies y en otras.

Licenciado, obtendría otras glorias, por las de sus pinceles; pero también queda constancia de su valor cual un Garcilaso de la Vega, que perdura como Vera por el Arte, aquél como el dios del Parnaso español. Los dos cantaron a Toledo y al Tajo: Vera bajo sus puentes; Garcilaso con su égloga tercera —recordada sobre el de San Martín, en cerámica—, de la que entresacamos:

Estaba puesta en la sublime cumbre
del monte, y desde allí por él sembrada.
aquella ilustre y clara pesadumbre
de antiguos edificios adornada.

De allí en agradable mansedumbre
el Tajo va siguiendo su jornada,
y regando los campos y arboledas
con artificio de las altas ruedas.

LA ESCUELA DE ARTES Y LOS MOVIMIENTOS ARTÍSTICOS LOCALES.

Enrique Vera comenzó a ser profesor en 1921, como Ayudante meritorio en la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, nombrado por su director, destinándosele a la clase de Composición Decorativa (Pintura), en febrero; en octubre del mismo año, y con la misma categoría, en la de Concepto de Historia de las Artes Decorativas. Contaba 35 años de edad. Ascendió durante el período comprendido entre el 1 de octubre de 1925 al 22 de febrero de 1934 al puesto de Profesor interino, y más tarde al de Numerario Auxiliar, para alcanzar la de Profesor de término finalmente. Nom-

brado director del Centro en 1947, continuó hasta la fecha de jubilación forzosa, el 4 de noviembre de 1956.

Jubilación forzosa por cumplimiento de la edad de setenta años, que a muchos hombres con gran vitalidad les impide aportar a la sociedad los grandes beneficios de su conservada fuerza, y que por tan tajante reglamentación les sume en el mayor abatimiento y quién sabe si a la ruina de sus vidas si, por añadidura, en almas sensibles circunstancialmente entra la complicidad de alguna transitoria adversidad.

Siendo director, le cupo el honor de recibir distinciones y plácemes en la Feria Internacional de Muestras de Barcelona en 1951, por la presencia de su Escuela, que causó gran sensación.

Los trabajos presentados, realizados por los alumnos, correspondían a las modalidades de cerámica, a los hierros en sus distintas técnicas, al renombrado damasquino, grabado, esmaltes sobre metal, carpintería artística, a la recién introducida galvanoplastia; también se llevaron perfectas ejecuciones de modelado y esculpido en diversas materias, inmejorables dibujos, artísticos e industriales, sin que faltaran los trabajos característicos de la mujer, elaborados en los talleres de Bordados y encajes, de Alfombras y de Corte y confección.

El periodista Moreno Nieto comentaría sobre esta Exposición: “Enrique Vera ha sido por unos días algo así como el embajador artístico de Toledo en aquella capital. Resulta difícil, realmente, no encontrar el nombre de Enrique Vera allí donde se tenga algo que hacer o que decir en favor del arte y de los artistas toledanos. Si como pintor hizo y hace mucho por Toledo, como director de la Escuela de Artes su labor no es menos eficaz y continuada”.

El Ministro de Educación le felicitó efusivamente durante la visita que hizo a la Exposición, y le prometió venir pronto a Toledo para recorrer la Escuela.

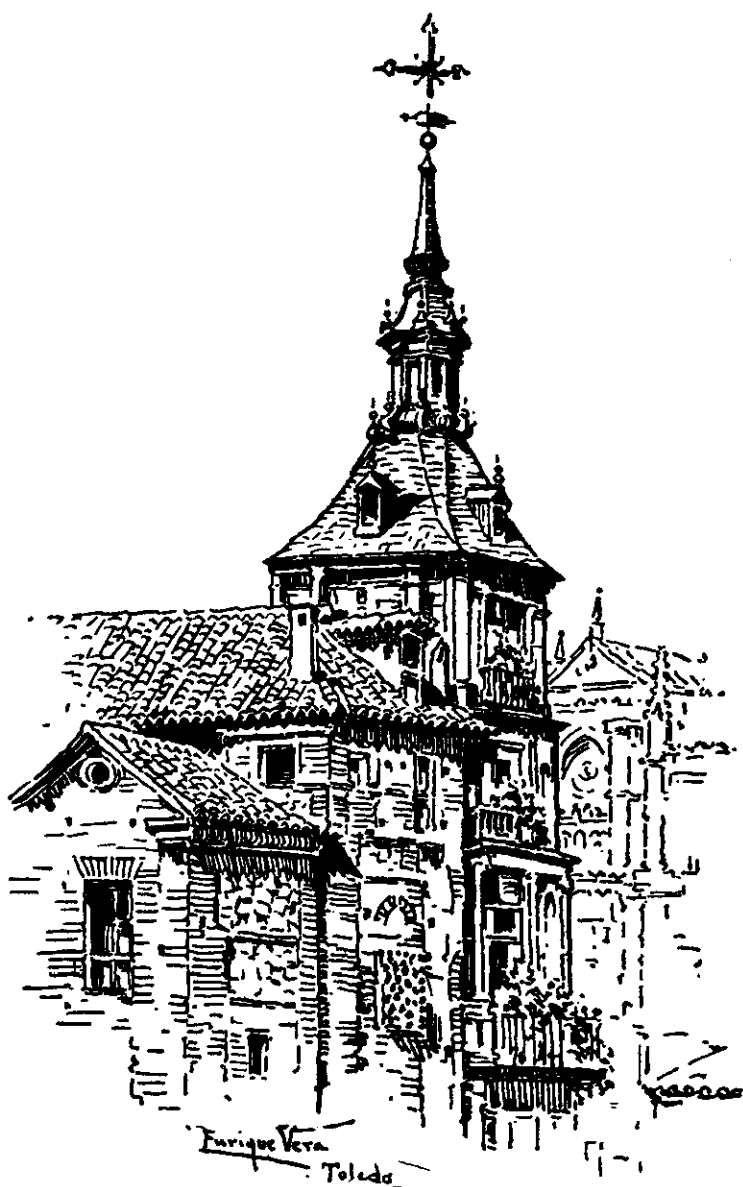
Enrique Vera tuvo a su cargo la clase de Dibujo Artístico durante muchos cursos, emplazada en locales de la llamada Escuela vieja —la proyectada y dirigida por Mélida—, designación popular para distinguirla de “la nueva”, la construída hace sesenta años sobre el solar del antiguo convento de Santa Ana. Este edificio, con decoración neomudéjar como el viejo, aunque de líneas austeras en planta y trazado, fue levantado por el arquitecto Alejandro Ca-

rrasco Muñoz junto al otro, separados por un jardín. En esta Escuela “nueva” tendría también a su cargo la clase de Escenografía.

Esta de Escenografía, sostenida con una subvención de la Diputación, estaba emplazada en amplia sala con techo de claraboya, ideal para apreciar mejor los colores que se manejaban y que los alumnos previamente fabricaban. Sobre largas mesas se extendían maquetas de escenarios teatrales, con decoraciones a pequeña escala, allí mismo hechos. Pero los alumnos antes empezaban por dibujar a carboncillo, copiando macetas, flores y plantas que se guardaban en el jardín. Enrique Vera, excelente didáctico, extendía su programa al aprendizaje de pintura sobre sedas y otros tejidos, a la iniciación al cuadro con pinturas al temple sobre papel, sirviendo de modelos láminas recortadas de las revistas “Blanco y Negro” y “La Esfera”, muchas de ellas reproducciones de sus paisajes y rincones que le publicaban. Se hicieron allí decoraciones de gran tamaño; una de ellas sirvió para colocar en el Teatro de Rojas durante una representación en acto cultural, una copia del Arco parecido al de la Sangre, que hasta el siglo XIX cruzó la desembocadura de la cuesta del Alcázar en Zocodover.

D. Enrique se multiplicaba, sentándose ante el caballete o mesa de cada alumno dedicando a cada uno muchos minutos, corrigiendo y construyendo con su propia mano gran parte del ejercicio, procedimiento éste con el que se aprendía más de lo que se esperaba. Siempre animaba y se abría con gran cordialidad, dando confianza con conversación seria o festiva. En las vacaciones invitaba a algunos de sus discípulos a acompañarle a los lugares donde él pintaba. Se dibujaba o se hacían pequeñas obras junto a él, por lo que la oportunidad completaba lo aprendido antes.

En la Escuela, bajo su consejo, algunos alumnos aventajados hicieron buenos carteles, que presentaron en certámenes convocados por el Círculo de Bellas Artes de Madrid y por las asociaciones toledanas “Peña Villalta” y “Agrupación Armónica”, anunciadoras de las fiestas de Carnaval, muy pujantes por entonces. La técnica del pulverizado estaba muy en boga, así como las tintas planas, éstas reducidas a tres o cuatro como máximo; para el pulverizado se probó por primera vez un difusor de gran volumen, eléctrico y muy complicado, reemplazando al muy sencillo de mano, más irregular, y que se usaba para fijar los dibujos al carbón o lápiz compuesto.



BL. AYUNTAMIENTO.-Toledo

Dibujo de Enrique Vera

En las Escuelas de Artes no se daban titulaciones, pero sí se adquirían los conocimientos y prácticas para ser un buen artesano o como iniciación de artista. La Corporación Provincial concedía pensiones —becas— y otras cuantías en metálico para premiar a los que obtenían diplomas al final de curso, y dentro del período de éste los llamados “jornales”, consistentes en siete pesetas diarias con duración de una o dos semanas.

La ilusión reinaba entre los matriculados, con libertad para desenvolverse dentro de los locales y con el respeto y afecto a que se hacían acreedores los profesores, no siendo los menos —más bien los más— los Vera, padre e hijo. Este no perdió la relación con los que abandonaban el Centro, estimulándoles siempre; a muchos se esforzó por ayudarles en distintas situaciones y por ellos se desvivió, removiendo amistades para conseguirles alguna colocación.

Enrique, don Enrique, que era el tratamiento dado por todo el mundo, fue el hombre imprescindible en toda organización de certámenes y concursos de Artesanía o de Arte que hasta su fallecimiento se celebraron en Toledo. Formó parte de los Jurados que los fallaban, no dándose generalmente motivos de queja contra los acuerdos emitidos, por el cuidado puesto en las determinaciones, en las que su opinión era muy escuchada.

Hasta los años sesenta no hubo en Toledo salas para exposiciones, habilitándose antes lo más disponible: Casa de Linares, patio del Hospital de Santa Cruz, sala contigua a la Capitular alta del Ayuntamiento y aulas de la desaparecida Escuela Normal del Magisterio, en el paseo de la Vega. Instalaciones inapropiadas por lo reducido de los espacios unas, huecos de ventanales otras e iluminación inadecuada siempre. La ilusión y la imaginación suplía las deficiencias.

A mediados de los años cuarenta, con existencia de más de dos décadas, surgió la Asociación de Artistas Toledanos “Estilo”, a la que se afiliaron más de trescientas personas identificadas con los fines por la que se creó; a ellas se adhirieron también renombradas personalidades de fuera, muy vinculadas con la ciudad. D. Enrique fue elegido Presidente, cargo que ostentó mientras vivió. Fue el alma de la misma, no sustrayendo tiempo a los deberes que él mismo con largueza se había impuesto. La revista “Ayer y Hoy”, confeccionada por “Estilo”, ponía en relación a los socios mien-

tras no eran convocados para juntas, recorridos por la población, excursiones para visitar monumentos, exposiciones y lugares para pintar fuera de la demarcación, o en invitaciones a actos, conferencias, recitales poéticos y conciertos musicales dentro de la localidad. La revista acogía valiosos trabajos en prosa y verso de los asociados. Las exposiciones que organizaba la Asociación fueron muy importantes debido a la calidad de las obras reunidas de pintura, escultura, dibujo y grabado, exposiciones que otras veces se llenaban con obras artesanales, también notabilísimas. Los concursos literarios no faltaron y tuvieron mucho éxito.

Fallecido D. Enrique, la Asociación fue languideciendo y terminó extinguiéndose. Los artistas de Toledo han notado la falta de entidad tan querida; intentaron reanudarla, pero no se logró.

Vera no tuvo reparo en figurar en catálogos, en el orden alfabético de apellidos, en exposiciones compartidas con sus antiguos discípulos, celebradas por la Asociación o en las promovidas por grupos componiendo programas de festividades de la ciudad.

En la revista "Ayer y Hoy" correspondiente a enero-febrero de 1959, leemos la reseña perteneciente a la Exposición en la Sala Sánchez, de enero del mismo año, bajo la denominación de "Artistas Toledanos Reunidos", como homenaje y en recuerdo a Enrique Vera, con tres cuadros de él y los de sus discípulos más asiduos en convocatorias donde él formó parte del Jurado y en las que también participó, fuera de concurso. En la relación figuran los nombres de Bacheti, Guerrero Malagón, Antonio Moragón, Martín Pintado, Eusebio y Pedro Sánchez, Dorado, Camarero y García "Kalato".

En los años 20 y 30, con Vera se desenvolvían inquietudes artísticas también muy animadas. El, con la colaboración de otros grandes artistas y hombres de letras —el pintor Pedro Román, el gran artesano Julio Pascual, el escultor Roberto Rubio y el archivero Emilio García Rodríguez—, montaron una grandiosa Exposición de Artesanía coincidiendo con la fiesta del Corpus, muy resonante en toda España y en el Exterior.

Eran tiempos en que Zuloaga, disidente de las fórmulas de la Escuela de París, aunque se moviera en la Ciudad de la luz, pintó en la nuestra. También lo hizo el pintor ruso del exilio Sergio Rovinsky en 1934, y del que se guarda una gran vista general de Toledo en la Catedral; esta vista tiene delante una procesión imagina-

da en el cerro del Bu, con el cardenal Segura y otros personajes toledanos conocidos. León Trosky, otro ruso exiliado, haciendo turismo, estuvo en Toledo. Parece como si en nuestra ciudad perviviera la tradición tolerante y acogedora para cualquier fugitivo por causa de opinión o credo. Máximo Gorky, otro ruso, de alternativa política en su país, tampoco se sustrajo al atractivo de Toledo, viéndola y admirándola.

Por aquellos años pasaban temporadas bastantes pintores extranjeros y españoles. Tuvieron su residencia estable el cubano Domenech y el húngaro Thomas Maloniay. De éste es la magnífica copia de la parte baja del "Entierro de Orgaz" que se exhibe en el zaguán del Hospital de Santa Cruz. Los dos actuaron con Vera y Julio Pascual en la salvación de obras valiosas de arte de la ciudad en pleno desconcierto del comienzo de la guerra civil, como el del ya malparado "Cardenal Tavera" de El Greco. Los dos extranjeros desaparecieron de nuestro entorno; de Maloniay se dice que tristemente muerto, y Domenech reintegrado a su patria de origen.

Enrique Vera continuó velando por el patrimonio artístico, con gran incomodidad muchas veces, y al fin con apoyo, y habilitado con graduación honorífica militar en consonancia con las estructuras imperantes, como reconocimiento a su autoridad en trabajos de recuperación de obras de arte.

ENRIQUE VERA EN LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE TOLEDO.

En virtud de sus méritos fue elegido Académico el 27 de octubre de 1929 y Secretario perpetuo el 5 de febrero de 1934.

El nombre completo de Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas tuvo carácter oficial por Real Orden de 29 de mayo de 1917, firmada por el Ministro José Francos Rodríguez. Estamos en plena Guerra Europea. Un grupo de entusiastas por cuanto al arte e historia de Toledo se refiere, se venían reuniendo los domingos por las mañanas desde los primeros meses de 1916 en el despacho del director de la Escuela de Artes. Los primeros acuerdos tomados fueron los de proveer fondos e interesar la restauración de la iglesia de San Sebastián.

Dieron cuenta de sus proyectos a la población, a sus autoridades y a la prensa local, proponiéndose constituir una Corporación con los fines que les animaba, semejantes a las que ya actuaban en otras varias ciudades.

Establecieron sus Estatutos, que sometieron a la aprobación del Gobernador Civil, figurando cargos directivos entre los académicos de número elegidos, veintiuno, fundadores, encontrándose los pintores Pedro Román, Vicente Cutanda, y Ramírez de Arellano, que fue el primer director de la Academia.

Enrique Vera en su discurso de ingreso, titulado "Toledo en su aspecto pictórico", observa agudamente el relieve artístico que da a la ciudad la configuración que tiene y los desniveles a que obligan las colinas.

Acusa los verdes de las vegas y los rojizos de las elevaciones inmediatas donde comienza la Sagra. En las diversas interpretaciones literarias o en conferencias que se han dado no muy lejanamente, por los diferentes comentaristas, se han producido versiones extremas, que sólo los toledanos, como Vera, han podido ver en su justeza. Hubo escritor que públicamente se atrevió a decir que el entorno y recinto ofrecían un panorama reseco, y por apoyatura mostró al público oyente una doble página de la revista francesa "París Match", una fotografía de Toledo en pleno mediodía con sol de julio. Hay agencias turísticas que llevan a sus clientes a esas horas y en esa estación a las inmediaciones de la ermita de la Virgen del Valle, con la inconsciencia o la indiferencia de que van a producir el desencanto. A Toledo hay que verlo en los atardeceres o por las mañanas; y aún con sol alto pero en invierno, y no digamos si se tiene la suerte de contemplarlo tras la lluvia con sol que dora y abriga el abigarrado caserío, las rocas y la vegetación circundante con las aguas del Tajo. Así acostumbraba a verlo Vera y los espíritus que saben penetrar en las bellezas.

Toledo es verde y es agreste, austero y exultante. Con sus variantes, como lo son su altura sobre su foso y, a la vez, la hondura en que se asienta como lo apreciamos cuando venimos de fuera. Así lo hizo notar el gran geólogo Rey Pastor, contestando al discurso de ingreso de Enrique Vera, de quien admiraba su pintura.

Vera, con clara visión de todo ello y de los cambiantes de luz, dijo en su discurso:

"A Toledo, necesariamente, hay que pintarle viéndole mu-

cho, haciendo de ella previamente un estudio espiritual intenso, para más tarde plasmar en el lienzo la Toledo obtenida tras una larga y meditada contemplación. Aquellos que llegan a ella con una visión estereotipada, falsa y literaria, influenciada por lectura de libros, no todos ellos muy acertados sobre Toledo, al plantar su caballete frente al natural obstinados por esa falsa literatura, dando brochazos a tontas y locas, de un modo recetario y absurdo, acaban por desesperarse y considerarse los más desdichados pintores. . .”

Puso gran calor en su labor en la Academia. Las Memorias que tenía encomendado redactar como Secretario, recogen minuciosamente todo el desarrollo de la Institución, en la que independientemente de su misión directiva tuvo una gran intervención en mociones y gestiones.

En colaboración con D. Pedro Román y D. Guillermo Téllez, elaboró una cuidada relación de monumentos y rincones toledanos deteriorados o en peligro de desaparecer, para los que con la aprobación del pleno de la Academia solicitaba máxima atención, su restauración y conservación. Esto lo firmaba en 1944, y sirvió para que en la ciudad se emprendiera una continuada y extensa obra de reposición y consolidación de la casi totalidad de los edificios propuestos por la Academia.

Para esta Institución recabó ayudas económicas que paliaran los escasos medios de que siempre dispuso, y por lo que fue necesario espolear a los en ocasiones olvidadizos organismos oficiales, que a duras penas concedían menguadas subvenciones. En 1934 el Estado la concedió la subvención de 2.700 pesetas; en 1948 daba 5.000, la Diputación 1.000 y el Ayuntamiento 500 pesetas.

La Entidad atiende la edición del Boletín de la misma, rica fuente de información para los interesados por estudios y comunicaciones que recoge y los sustanciosos discursos que en sesiones públicas se ofrecen, no siempre con muchos asistentes debido al frío reinante en el, por otro lado, magnífico Salón de Mesa, carente de calefacción suficiente hasta hace poco, y que los mismos académicos tenían que salvar con voluntad y trabajo.

Don Enrique Vera fue nombrado miembro correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y distinguido también con análogos nombramientos por otras Academias de la nación y del extranjero. Tenía concedida la Encomienda de la Or-

den Civil de Alfonso X el Sabio por todos los méritos contraídos a lo largo de su vida. Poseía, asimismo, la Cruz de Plata del Mérito Militar con distintivo rojo. Era Académico correspondiente, además, de la de Artes y Letras de Coimbra, de San Carlos de Valencia, Miembro de Honor de The American Society of Heraldry, del Instituto Genealógico de Cuba y de otras instituciones culturales.

Su generosidad se manifestó en todo instante. Por destacar un ejemplo, señálese el discurso de recepción que dedicó al pintor de Mascaraque Pablo Manzano Arellano, en 1943, en cuyo acto él, no por ser obligado, tuvo la gentileza de hacerle cuidada y sincera apología, raro desprendimiento entre artistas.

SU FAMILIA, SUS CUADROS, LA MUSICA.

Pese a estar muy repartidos, se guarda por la familia una apreciable cantidad de cuadros del artista; dos de buenas dimensiones pudieron verse en la "Exposición homenaje a los Artistas fallecidos en el siglo XX", en junio de 1981, de la Caja de Ahorros de Toledo.

Uno es el titulado "Huerta de Safont" curiosamente tomado desde un punto de vista coincidente con el del famoso "Toledo" de El Greco, propiedad del Metropolitan Museum de Nueva York. El de Vera no es fantasmagórico ni tiene el agrisado verduoso idealizado de Doménico; muy distinto, tiene la vivacidad de la luz auténtica que en impresionista interpretación le da un encanto sorprendente. En el otro, "Arroyo de la Degollada", muy original de tratamiento, refleja la garganta por donde desembocan al Tajo las casi agotadas aguas del arroyo, enfrentándose con la dificultad de llenar un buen espacio con las piedras de aluvión o desprendidas de los cerros contiguos, sin que exista monotonía.

Repartidos por casas de Toledo se encuentran cuadros suyos muy estimados; el Ayuntamiento posee dos, admirables; otros, en la Diputación. El tema "Casa del Diamantista", asunto que tuvo que repetir por las demandas, podemos verlo con gran deleite, con mansos o movidos reflejos sobre aguas cambiantes, según la luz o la hora. Los escondidos callejones se animan con el vendedor ambulante o el aguador y sus burros, en figuras sueltas, gráciles y muy

expresivas, plasmados en lienzos que también guardan celosos compradores.

La última vez que se han visto de él sus óleos en Toledo fue en la Exposición aneja a la Bienal del Tajo de 1982, en el Hospital de Tavera, en horas de calor coincidiendo con las fiestas de la Feria. Exposición poco feliz de instalación, nada oportuna y apenas si conocida de la gente. Treinta cuadros de Toledo, Segovia, Avila y Cuenca, que hubieran maravillado a las generaciones jóvenes, de las que bastantes de los incluídos en ellas no han visto nunca sus obras; otros, mayores, no las conocen suficientemente. Todos sienten el anhelo de verlas por primera vez o de volver a contemplarlas.

En esta Exposición se exhibieron “Puente de San Martín” y “Huerta de Safont y Castillo de San Servando”, reproducidos en la Enciclopedia Espasa.

Todo lo colgado constituyó el exponente de la tendencia estilística a la que siempre fue fiel, que no quita el que se permitiera variantes personales y progresivas en su largo camino.

El marqués de la Vega Iriclán, ese gran entusiasta que fue del Greco, adquirió a Vera el cuadro que hoy se puede admirar en el Museo Romántico de Madrid.

Con ellos, los buenos retratos, composiciones, bocetos y dibujos, permanecen en el amplio estudio que en Toledo tuvo, intacto aún en la calle de Alfonso XII número 5. Este estudio tiene la rareza de que los ventanales por el que entra la luz, contrariamente a la orientación que suelen tener la de los demás pintores, dan al sur. Pero en esta caso se explica porque Enrique Vera, cuando la temperatura de la calle no era excesivamente fría, pintaba al natural, y en invierno no siendo tan deslumbradora la luz recibida no desvirtuaba su trabajo.

Su esposa, Dña. Carmen, fue la compañera y animadora de toda su vida, tan intensa y tan ocupada. Vera sacó tiempo de lo unimaginable como para también hacerse cargo de la asignatura de Idioma alemán, que enseñó a los alumnos de Bachillerato durante unos años, en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, a la vez que también era profesor de Dibujo en el mismo.

La música fue otra de sus apetencias. En la Academia se preocupó, con los académicos de la profesión, porque estuviera en buena parte dentro de sus programas. En la Sociedad “Estilo” organi-

zó selectos conciertos de piano y por cuartetos de cuerda, entre otros, muy del gusto del auditorio.

El padre de su mujer, Carmen, puso a ésta su nombre por devoción al músico Bizet, en recuerdo a su famosa ópera. El padre de Dña. Carmen fue director de la Banda de la Guardia Civil de Valdemoro y componente de la Orquesta Nacional, la que temporalmente dirigió su abuelo.

Los hijos de D. Enrique Vera han continuado las inclinaciones de sus ascendientes. La hija, también de nombre Carmen, de manífica voz, siguió la carrera de canto en el Conservatorio de Madrid; el hijo varón, coronel de Farmacia, fallecido ha poco tiempo, también de nombre Enrique, tocaba muy bien el piano y aún dedicaba algún tiempo libre a pintar como aficionado.

Ellos conservaron la buena herencia material pictórica que les legaron sus padres, a los que amaron apasionadamente.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA Y DE FUENTES DOCUMENTALES

- ARCHIVO DEL AYUNTAMIENTO DE TOLEDO. *Libro de Acta de sesiones*. Años 1889 y 1890.
- ARCHIVO DE LA ESCUELA DE ARTES APLICADAS. *Expedientes personales*. Toledo.
- ARCHIVO DE LA FAMILIA VERA.
- ARCHIVO DEL REGISTRO CIVIL. *Libro de inscripciones*. Toledo.
- "AYER Y HOY" *Revista de la Sociedad "Estilo"*. Toledo. Enero-Febrero, 1959.
- GUERRERO MALAGON, CECILIO. *Discurso de ingreso. "Toletum"* 1971. Real Academia Bellas Artes y Ciencias Históricas. Toledo.
- LAFUENTE FERRARI, ENRIQUE. *Catálogo Exposición Zuloaga en Madrid*. Junio de 1971.
- "LA CAMPANA GORDA". *Revista local*. 1 - enero - 1915 (Facsímil IPIET 1981)
- LARCO, JOSE. *La Pintura Española Moderna y Contemporánea*. Edición Castilla, S.A. Madrid, 1964.
- LOZOYA, MARQUES DE, *Sotomayor y su centenario*. Fundación Universitaria Española. 1976.
- LOZOYA, MARQUES DE, *Historia de España*. Editorial Salvat. Madrid.
- MORENO NIETO, LUIS. *Arte toledano en Barcelona*. "El Alcázar", 26-6-51.
- PALENCIA FLORES, CLEMENTE. *Ha muerto Enrique Vera Sales*. "Ayer y Hoy", revista de "Estilo", noviembre-diciembre 1956.
- PEDRAZA, ESPERANZA. *Centenario del Teatro de Rojas*. Ayuntamiento de Toledo. Octubre de 1978.
- POMPEY, FRANCISCO. *El Paisaje español en la Pintura*. Temas Españoles. Publicaciones, 1956.
- PORRES MARTIN-CLETO, JULIO. *Historia de las calles de Toledo*. IPIET, 1971.
- RODRIGUEZ BOLONIO, TOMAS. *Nuestros artistas. Enrique Vera*. "El Castellano", Mayo 1915. Toledo.

- VERA GONZALEZ, JOSE. *Decoración de la capilla*. Fábrica Nacional de Armas de Toledo. 1925.
- VERA SALES, ENRIQUE. *Discurso de ingreso*. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas. Toledo, 1934.
- VERA SALES, ENRIQUE. *Discurso contestación al del Académico Manzano Arellano*. Boletín Real Academia BACH. 1944.
- ZARCO MORENO, FRANCISCO. *Sergio Rovinsky en Toledo*. Ediciones Gómez-Menor. Toledo.

FERNANDO DORADO MARTIN

Natural de Toledo. Discípulo de los pintores Enrique Vera y Ramón Pulido Fernández.

Premios Extraordinarios de Dibujo e Historia del Arte en la Escuela de Artes de Toledo.

Premios de Pintura en concursos provinciales de los años 1948, 1949, 1950, 1951 y 1959; en los denominados de "Primavera" de 1956, 1958, 1963 y 1964. Premio en la XXI Exposición Manchega de Artes Plásticas de Valdepeñas en 1960.

Ha formado parte como miembro de Jurado en varios concursos de Pintura, y en cuatro ocasiones en los de carteles del Corpus de Toledo.

Hizo sus estudios de Bachillerato en el Instituto de Segunda Enseñanza de Toledo, y es Diplomado en Ciencias Sociales.

Ha colaborado en prensa local con artículos sobre temas de Arte y con semblanzas de artistas y de otras personalidades.

INDICE

Pág.

PRELIMINAR	5
PABLO VERA	
LLEGA A TOLEDO	7
PABLO VERA, VECINO DE TOLEDO	8
PABLO VERA EN LA PINTURA DE SU TIEMPO	10
EL RETRATO EN LA PINTURA DE PABLO VERA	14
JOSE VERA GONZALEZ	
APUNTES FAMILIARES	17
VALOR DE LA OBRA QUE PRODUJO	19
JOSE VERA Y SU ENTORNO	21
CARACTERISTICAS DE ALGUNAS DE SUS OBRAS ...	24
JOSE VERA, PROFESOR	27
ENRIQUE VERA SALES	
SINTESIS DE LO QUE FUE	31
ENRIQUE, GRAN PINTOR	32
EPOCA PICTORICA QUE RODEA A ENRIQUE VERA ..	38
MISCELANEA	40
LA ESCUELA DE ARTES Y	
LOS MOVIMIENTOS ARTISTICOS LOCALES	46
ENRIQUE VERA EN LA REAL ACADEMIA	
DE BELLAS ARTES DE TOLEDO	52
SU FAMILIA, SUS CUADROS, LA MUSICA	55
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA Y	
FUENTES DOCUMENTALES	59
NOTA BIOGRAFICA	61
INDICE	62

63



Últimos títulos publicados:

- 39.- *El derecho de Toledo*, por Crisanto Rodríguez-Arango Díaz.
- 40.- *Los Mozárabes de Toledo*, por Francisco de Sales Córdoba y Sánchez-Breñaño.
- 41.- *Oropesa y los Alvarez de Toledo*, por J.M. Gutiérrez Rodríguez, A. Moreno Tejero, J.M. Hernández Piña.
- 42.- *Viaje alrededor de la gastronomía toledana*, por Enrique García-Moreno Amador.
- 43.- *Alfonso X el Sabio*, por José Gómez-Menor.
- 44.- *Alfonso VI y la toma de Toledo*, por Ricardo Izquierdo Benito.



De próxima publicación:

- *La Puebla de Montalbán: Historia de sus calles*, por Julián Martín-Aragón Adrada.
- *El artificio de Juanelo*, por Julio Porres Martín-Cleto.
- *Los hidalgos en Toledo*, por Ventura Leblic y Mario Arellano.



En preparación:

(El orden que se indica no será siempre el de aparición)

- *Bahamontes, "El Aguila de Toledo"*, por Angel Frigal Sánchez.
- *Música y músicos en Toledo*, por Manuela Herrejón Nicolás.
- *La Villa de Almorox*, por Máximo Parro.



toledo

diputación provincial